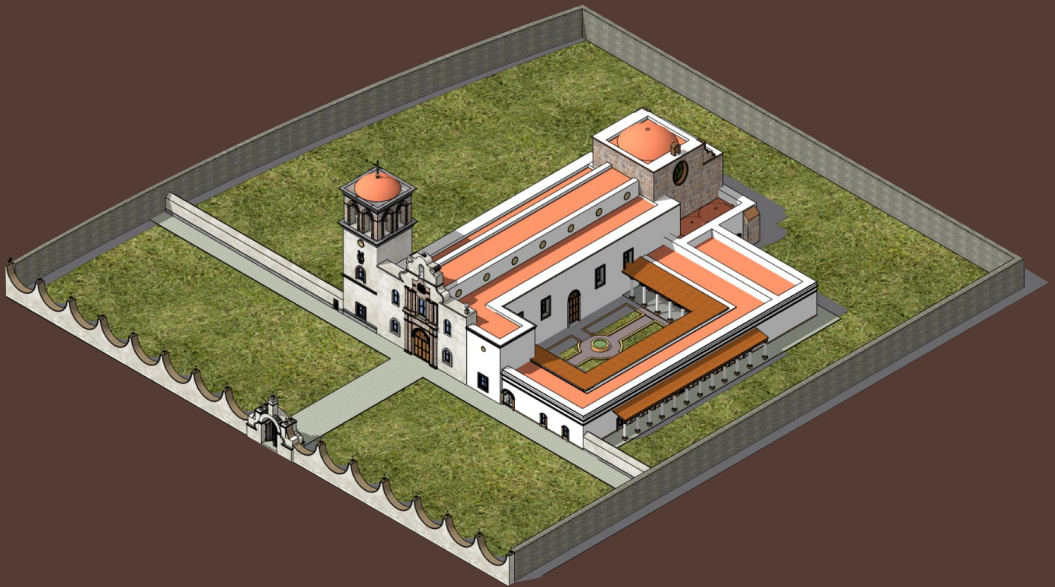


Arquitectura religiosa de la feligresía franciscana del Convento de Tlajomulco



José Alfredo Alcantar Gutiérrez
Gloria Aslida Thomas Gutiérrez
Adriana Ruiz Razura



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA
Red Universitaria e Institución Benemérita de Jalisco

CUAAD
Centro Universitario de
Arte, Arquitectura y Diseño



Universidad de Guadalajara

Mtra. Karla Alejandrina Planter Pérez

Rectora General

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea

Vicerrector Ejecutivo

Mtro. César Antonio Barba Delgadillo

Secretario General

Centro Universitario de

Arte, Arquitectura y Diseño

Dra. Isabel López Pérez

Rectora

Dra. Alejandra Robles Delgado Romero

Secretaria Académica

Dr. Everardo Partida Granados

Secretario Administrativo

D.R. © 2025, Universidad de Guadalajara
Av. Juárez 976. Col. Centro
C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco, México.

ISBN PRIMERA EDICIÓN 2017
978-607-742-852-7

ISBN SEGUNDA EDICIÓN 2025
978-607-581-918-1

Este libro se terminó de editar
en diciembre de 2025.
Hecho en México.

Arquitectura religiosa de la feligresía franciscana del Convento de Tlajomulco.

Primera edición, 2014

Segunda edición, 2025

Textos

© José Alfredo Alcantar Gutiérrez

Gloria Aslida Thomas Gutiérrez

Adriana Ruiz Razura

Diseño y diagramación

Jorge Campos Sánchez

Diana Berenice González Martín



Este trabajo está autorizado bajo la
licencia Creative Commons Atribución-
NoComercialSinDerivadas 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND) lo que
significa que el texto puede ser
compartido y redistribuido, siempre que
el crédito sea otorgado al autor, pero no
puede ser mezclado, transformado,
construir sobre él ni utilizado con
propósitos comerciales. Para más detalles
consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Índice

5 **Introducción**

CAPÍTULO 1

9 **La circunstancia geográfica y los antecedentes culturales de la comarca de Tlajomulco**

CAPÍTULO 2

25 **La evangelización y consolidación de la Iglesia**

CAPÍTULO 3

57 **Arquitectura religiosa de la feligresía**

95 **Conclusiones**

99 **Bibliografía**

Introducción

El poco interés por el conocimiento de nuestro pasado, la globalización, la avaricia económica y la búsqueda por el confort han provocado desafortunadas intervenciones en edificios patrimoniales con irresponsables remodelaciones, agregados y ampliaciones, las cuales han modificado sus estructuras originales. De igual forma, los agentes naturales provocan fisuras, humedad y deterioro en general, los cuales han ocasionado la pérdida de datos materiales cuyos criterios ayudarían a identificar la mentalidad colonial de la Nueva Galicia.

Las autoridades gubernamentales y religiosas, responsables de su manutención y conservación, no se han preocupado por mejorar las condiciones actuales de los edificios. Por otra parte, la sociedad en general ha manifestado apatía, desconocimiento de su historia y poca conciencia en la preservación patrimonial; en consecuencia, se ha generado un desinterés por la protección y el resguardo.

Es apremiante concientizar a la sociedad sobre la importancia de conservar el patrimonio cultural, testimonio de los valores, las ideas, los conocimientos, las costumbres, tradiciones, la cosmología y religiosidad de generaciones anteriores que se fueron transformando hasta conformar la cultura contemporánea.

Varios sectores sociales de la zona conurbada de Guadalajara desconocen la información histórica necesaria para identificar la relevancia de los conjuntos arquitectónicos patrimoniales de la región. El presente libro expone los resultados de la investigación presentada

en 1997 para sustentar el grado de maestría de un servidor, mismos que posteriormente se refirieron en diferentes foros con el fin de contribuir en la difusión y el conocimiento de la participación artística de una peculiar zona jalisciense. Con ello, se derivó el interés por parte de algunos colegas que han promovido su difusión, aunado a dirigentes municipales interesados en suscitar el turismo de Tlajomulco de Zúñiga. Sin embargo, ahora pretendo ampliar y corregir datos e información que permita tener una visión más amplia de lo producido durante La Colonia, en la citada región.

El presente estudio es una reimpresión de la publicada anteriormente en 2014 y ahora corregida y completada con imágenes que la tecnología actual permite. Se abordan las construcciones religiosas realizadas en la delimitación geográfica que comprendía la Guardianía de Tlajomulco, en el periodo que va desde la fundación conventual de 1551 a 1794 con la entrega al clero secular de los edificios en cuestión.

El patrimonio arquitectónico y su difusión incentivaron el ánimo de recopilar y actualizar la información existente en torno a las mencionadas construcciones, al considerar los factores culturales de las diferentes etapas coloniales influyentes en la creación de nuevos edificios, destinados a la consolidación de la religiosidad de los pueblos que conformaron la feligresía, inicialmente con respaldo en las ideas filosóficas medievales renacentistas, luego barrocas y, finalmente, de las reformas borbónicas.

La información relacionada con los misioneros que promovieron la creación de espacios destinados a vivir en sociedad en un contexto evangélico —primero, y luego barroco— materializaron los ideales de las diferentes épocas. Las etapas que atravesaron dichas construcciones contemplan elementos provenientes del siglo *xvi*, como pueden ser las ubicaciones, orientaciones y, seguramente, las cimentaciones. El apogeo del barroco durante los siglos *xvii* y *xviii* permitió encontrar varios motivos para su expresión, desde el manierismo y las diversas modalidades que cada pueblo pudo manifestar, de acuerdo con sus condiciones culturales y materiales.

El periodo de control borbónico no pudo pasar de largo por la región, varios elementos clasicistas hicieron su aparición al mismo tiempo que dio inicio el desmembramiento de las estructuras tradicionales coloniales y, por ende, su decadencia hasta concluir con la entrega de edificios al clero secular en 1794.

El programa arquitectónico se fue ajustando progresivamente a las políticas e ideas religiosas vigentes en los diferentes tiempos, generando construcciones acopladas al clima y los materiales regionales, aunados a las características formales típicas del manierismo, mudéjar y barroco popular. Podemos señalar que, lo que ahora se muestra, es un proceso histórico-arquitectónico por el que atravesó la antigua feligresía de Tlajomulco, que inició su fundación con la erección del convento franciscano en 1551 hasta su desmembramiento con la secularización a fines del siglo XVIII.

En *Arquitectura religiosa de la feligresía de Tlajomulco* se explican los factores geofísicos y los antecedentes culturales prehispánicos, en materia religiosa, que se dieron en la región. Asimismo, se exponen los elementos culturales y religiosos suscitados durante los siglos XVI, XVII y XVIII, promotores de su materialización, particularmente mediante la producción arquitectónica.

Si bien se analizan los edificios religiosos construidos hasta el periodo de la secularización, ubicados en la delimitación religiosa atendida por el convento franciscano de Tlajomulco, también se abordan las causas que los originaron y las propuestas posteriores. En suma, se pretende identificar los datos más relevantes que les caracterizan, promoviendo con ello su preservación y evitando intervenciones desafortunadas como las que se han llevado a cabo en las últimas décadas.

José Alfredo Alcántar Gutiérrez

La circunstancia geográfica y los antecedentes culturales de la comarca de Tlajomulco

El escenario geográfico

Los elementos aportados por la naturaleza de la región sur del ahora denominado Valle de Atemajac, fueron el escenario sobre el cual sus habitantes se dieron a la tarea de enfrentar situaciones que moldearon su conducta, la manera de resolver sus problemas y demás elementos que conformaron su identidad, naturaleza psíquica y social. Todos ellos factores influyentes en sus expresiones culturales, donde la arquitectura hizo los ajustes pertinentes, adecuando sus ambientes, espacios y demás características a las necesidades demandadas por los diferentes momentos históricos.

Las condiciones favorables para la agricultura de la región generaron múltiples lugares arqueológicos en dicha zona, de lo cual se deduce que hubo una ocupación poblacional importante desde tiempos remotos, con una cultura compleja, la cual se ubicó en montes, colinas y valles.¹

La división política del actual estado de Jalisco contempla al municipio de Tlajomulco de Zúñiga, ubicado en su parte central; el cual

1 Ana Ortiz Angulo, *Introducción a Mesoamérica*, pp. 22-23.

se integra a la comarca de Guadalajara casi en los límites del sur. La demarcación puede considerarse como una unidad geográfica hasta la fecha, al contar con límites topográficos que en la mayoría de las direcciones le delimitan; por otra parte, se pueden detectar cuatro áreas con ciertas variaciones. El sureste está ocupado por la laguna de Cajititlán, que humedece los poblados ribereños, la mayoría de ellos con topografía plana, a excepción del pueblo homónimo y Cuexcomatitlán.

El suroeste no presenta accidentes topográficos predominantes, es una región en la que destaca la población de Santa Cruz de las Flores, con un pequeño ojo de agua que originaba un riachuelo que corría de oriente a poniente, hasta integrarse a Cruz Vieja. El centro lo abarca Tlajomulco, que significa «Tierra en rincón», terreno plano. Excluyendo la dirección sureste, cuenta con algunos escurrimientos y se encuentra limitado por montañas.²

El territorio norte lo conforman San Agustín, Santa Anita,³ y San Sebastián el Grande, hasta hace algún tiempo eran humedecidos por el río Sanjuanate, que nacía en el primero, al cual se le iban agregando derivaciones de ojos de agua en su recorrido, se expandía en una ciénaga cercana a la desaparecida Hacienda de la Capacha, para concluir su trayecto en Toluquilla, después de haber irrigado Santa Cruz del Valle.

² Simeón Remi, *Diccionario en lengua náhuatl mexicana*, p. 25.

³ Población que por decreto gubernamental del 17 de septiembre de 1904 dejó de pertenecer al Séptimo Cantón de Tlajomulco para incorporarse al Primero, de San Pedro Tlaquepaque, como comisaría. Cfr. Bernardo Carlos Casas, *Pinceles históricos de Santa Anita*, p. 20.

Límites de la guardianía de Tlajomulco



Ubicaciones:

1. Tlajomulco (Convento)
2. San Agustín
3. Santa Cruz de las Flores
4. Santa Anita
5. San Sebastián
6. Cuexcomatitlán
7. San Miguel Cuyutlán
8. San Lucas Evangelista
9. San Juan Evangelista
10. Cajititlán

La ubicación y las características geográficas antes mencionadas fueron factores básicos desde tiempos prehispánicos que propiciaron el desarrollo histórico de la región. Los límites actuales casi coinciden con las relaciones y los documentos coloniales que se refieren a Tlajomulco. Nuño de Guzmán y los frailes franciscanos identificaron con el mismo nombre al pueblo y su corregimiento al señalar los siguientes límites: el sur se vio limitado con la Sierra de Madroño, que arranca desde la ribera norte del lago de Chapala hasta Jocotepec, la cual fungió como barrera natural, que dividía la Nueva Galicia y las Provincias de Ávalos (subordinadas a la Nueva España, pero dependiendo judicialmente de la Audiencia de Guadalajara). Al norte con territorios de las antiguas feligresías de Zapopan y de Analco, y al poniente con Tala.

El culto religioso-funerario en el occidente de México

Los estudios relacionados con el hombre mesoamericano refieren el interés por resolver problemas de alimentación. Se contaba con sitios en los que el suelo y el clima eran propicios para su producción. Los de mayor relevancia fueron las zonas lacustres y aquellas con afluentes naturales; el área de Chapala estuvo habitada desde el pleistoceno superior, es decir, entre quince mil y dieciocho mil años de antigüedad, por seres humanos productores de utensilios elaborados con huesos de animal, flechas de cerámica y puntas de obsidiana tipo clovis, encontradas en la zona.⁴

El surgimiento de la agricultura obligó a diversos grupos humanos a asentarse en sitios fijos, lo cual ocasionó interrelaciones sociales que fueron moldeando normas sociales y costumbres, ideas y demás factores que originaron un complejo más o menos integrado que pudo definir a las culturas del occidente mesoamericano.

Los ritos funerarios manifestaron expresiones culturales a través de las tumbas de tiro, se conformó una región geográfica con fisono-

⁴ José María Muriá, *Historia de Jalisco*, p. 108.

mía de arco, definida por el estado de Colima, el centro de Jalisco y el sur de Nayarit, desarrollados en teoría entre 200 a.C. y 600 d.C.⁵

La exteriorización de culto hace pensar que el hombre del occidente, al igual que en muchas otras regiones, se mostró reacio al ciclo natural de todo ser viviente: no concebía como posible que, al morir el cuerpo, no quedara nada del ser humano. Supuso que algo debería de haber seguido existiendo, pensó en una segunda vida o en una prolongación en el más allá. El hombre prehispánico buscó los medios a través de los cuales los cuerpos de sus muertos –y el suyo– tuvieran una morada digna, libre de peligros: aves de rapiña y feroces coyotes. Llevó a la práctica múltiples intentos para solucionar tal cuestión, pero debido a que sus conocimientos sobre construcción eran rudimentarios (contrario a los de sus contemporáneos teotihuacanos) tuvo la capacidad de analizar su entorno y los materiales del subsuelo, en los que pudo cavar sin preocuparse por derrumbes o colapsos.

Las tumbas de tiro fueron una de las expresiones culturales más relevantes de la época prehispánica del occidente de México, cuya característica común es contener una comunicación vertical a manera de pozo o ducto, que iba desde la superficie externa del terreno hasta un punto que funcionaba como vestíbulo para una o varias cámaras funerarias, las profundidades varían dependiendo de las características de compactación del terreno, de la jerarquía de la familia o del grupo al que la tumba había sido destinada.⁶

Estudios recientes señalan que los restos antropológicos encontrados en estas expresiones culturales aportan datos importantes que van desde talla, promedio de vida, enfermedades óseas, deformaciones craneales, mutilaciones estéticas dentarias, hasta los obtenidos por los artefactos y cerámicas, mediante los cuales fue posible conocer costumbres funerarias y de embellecimiento, a través de pintura, atavíos, vestimenta, etc., y las jerarquías sociales dominadas por sacerdotes y militares, expresadas en maquetas.⁷

⁵ Ídem, p. 75.

⁶ Ídem, p. 117.

⁷ María Teresa Cabrero, *La muerte en el occidente del México prehispánico*, p. 27, cfr Otto Schöndube, «El occidente de México», en *Arqueología mexicana*, pp. 18-25.

Las piezas de barro zoomorfas y fitomorfas permitieron un acercamiento al hombre prehispánico del Occidente; desafortunadamente, a la fecha no se han inventariado científicamente los datos de este tipo de arquitectura funeraria en la comarca de Tlajomulco, porque se han descubierto de manera accidental, al extraer material en los bancos de arena o jal y, en algunos casos, en las labores agrícolas que aún se llevan a cabo en la región; por lo que suelen ser destruidas, además, existe el temor de que las labores se detengan si se da parte a las autoridades de Antropología e Historia. En ocasiones, deciden apropiarse de las piezas encontradas y, en los casos más afortunados, donarlas al museo de San Agustín, promovido por el maestro Samuel Moya Ramos.

Las prácticas funerarias de la región de Occidente hacen de ella una de las pocas de Mesoamérica con esa tradición, sólo semejante a las de la costa noroeste suramericana, donde —de acuerdo con Kelli— las tumbas y la cerámica muestran posibles relaciones culturales.⁸

Sitios arqueológicos jaliscienses como Teuchitlán, El Palacio de Ocomo o El Ixtépete, e Ixtlán del Río, en Nayarit, utilizaron sistemas constructivos y espacios ceremoniales semejantes a los criterios coetáneos del Altiplano Central, por lo demás, sus vínculos con Mesoamérica son muy débiles.

Las luchas constantes entre sus pobladores imposibilitaron la supremacía de alguno de ellos para organizar y fortalecer un territorio homogéneo capaz de competir con otras regiones con expresiones culturales de mayor dominio territorial, por el contrario, fueron comunidades heterogéneas, independientes, incluso con diversidad lingüística que impedía la comunicación entre los mismos avecinados, aquellas que permanecieron hasta la última etapa prehispánica, durante la que destacó el Señorío de Tonalá, subdivido en *tlatocayome* (plural de *tlatocayotl*): Tetlán, Tlajomulco, Tlotlán, Tala y Atemajac.⁹

8 Isabel Kelli, «Ceramic Provinces of Northwest México», en *El occidente de México*, IV Mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 55-71.

9 Luis Paez Brothie, *Jalisco. Historia mínima*, pp. 13-14.

Las auténticas representaciones de los dioses, con sus respectivos atributos, aparecieron a fines del periodo Preclásico y predominantemente durante el Clásico, propiciadas por una avanzada organización entre los representantes de los seres supremos, es decir, los sacerdotes, los cuales fueron portadores de una formación previa encaminada al desempeño de su oficio. El culto se abrió al público provocando su participación de manera masiva, se construyeron templos, plazas, así como espacios para la práctica del juego de pelota como hacen constar varios centros ceremoniales de la cultura guachimontón, en particular la de Teuchitlán.

Las expresiones religiosas de la zona *coca* eran semejantes a las de Altiplano Central que –como señaló fray Antonio Tello– en el caso de Cutzatlán (actualmente San Juan Cosalá), los principales contaban con un ídolo, además de los existentes en cada barrio de la comunidad, al que ofrecían sacrificios humanos de niñas, niños y cautivos de guerra obtenidos en los enfrentamientos contra los tarascos: los inmolaban sacándoles el corazón y ofreciéndolo a su deidad; la sangre se la untaban en el cuerpo para adquirir mayor fortaleza espiritual y corporal, todo esto acompañado de danzas, gritería y regocijo.¹⁰

¹⁰ Antonio Tello, *Crónica miscelánea, libro II*, pp. 195-196.

Arco de las tumbas de tiro



Ubicaciones:

- | | | |
|-------------------------|-----------------------|------------------------|
| 1. Loma García | 12. Etzatlán | 24. Colima |
| 2. El Alacrán | 13. Magdalena | 25. San Juan |
| 3. Tepic | 14. Antonio Escobedo | 26. Piscila |
| 4. Compostela | 15. Ahualulco | 27. Ortices |
| 5. San Pedro Lagunillas | 16. Ameca | 28. Copales |
| 6. Corral Falso | 17. Amatlán | 29. Tocolapa |
| 7. Tequila | 18. Tala | 30. Alcuahue |
| 8. Ixtlán del Río | 19. Zapopan | 31. Chancopa |
| 9. San Sebastián | 20. Cuxpala | 32. El Teúl |
| 10. El Arenal | 21. Santa Ana Acatlán | 33. Jiquilpan |
| 11. Las Cuevas | 22. Pihuamo | 34. Barreras |
| | 23. Cornalá | 35. San Miguel Tonayan |

Antonio Lyva reportó que en Ameca era costumbre rendir culto en una casa de adoración llamada *Teocalli*, donde sus sacerdotes no permitían la entrada al pueblo y atendían a un ídolo llamado *Teopisques*, al cual ofrecían sacrificios. El ritual previo consistía en repartir por los barrios o *tlajicales* a los *tequitlatos*, a los cuales debían de alimentar con los mejores manjares durante cuarenta días.

Cubierto el periodo previo al sacrificio, los *tequitlatos* se adornaban con insignias de guerra, con plumas en la cabeza y cuentas colocadas en el cuello, pies y muñecas, entraban al adoratorio, del que no salían en cinco días, durante los cuales ayunaban y permanecían sin tener contacto con el exterior.

A los *tequitlatos* se les subía por cinco escalones a una piedra labrada, se les colocaba de espaldas y un sacerdote mancebo, con una navaja, abría el pecho, sacaba el corazón y lo depositaba en el *teopisque*, repartían el cuerpo por los barrios y se lo comían cocido en un contexto de fiesta.¹¹

En lo relativo a conceptos sobre la muerte, se consideraba que las almas debían de cruzar el río Santiago (Chicnauatengo) para llegar al Mictlán, lugar para el descanso final después de la travesía por este mundo.¹²

La espiritualidad politeísta prehispánica se manifestó en las culturas del Occidente con características semejantes al Altiplano Central, los testimonios se representan en barro y piedra con imágenes de Tláloc en braseros ceremoniales procedentes de El Chanal, Colima, o monolitos pétreos. Xipe Tótec era la deidad a la que se le ofrecían los desollamientos de víctimas de sacrificios, como algunas vasijas provenientes también del sitio arqueológico antes referido.

Quetzalcóatl fue una deidad que tuvo múltiples acepciones: héroe cultural, planeta Venus, serpiente emplumada, entre otros. En el Occidente, su culto al parecer tuvo que ver más con su evocación del viento en sitios como Teuchitlán, con los mástiles usados en las cúspides de las pirámides cónicas o en monolitos de El Chanal y Zapotlán.¹³ Huehuetéotl, el dios del fuego, fue asociado con el fuego que emana de los volcanes, tal es el caso del volcán de Colima o El Coli, cuyo nombre es sinónimo de *huehue* (viejo). El culto a las deidades en el occidente siempre estuvo vinculado con celebraciones acompañadas de sacrificios y danzas, además del ofrecimiento de cumplidos, con lo cual la comunidad pretendía congraciarse. Los habitantes prehispá-

¹¹ José María Muriá, op. cit., p. 231.

¹² *Ídem*.

¹³ *Ídem*. pp. 235-239.

nicos de la región del occidente, predominantemente los ubicados al sur del río Santiago durante el periodo prehispánico, no solían usar ropa, solo cubrían sus genitales con taparrabos y protegían sus pies con sandalias. Practicaban la poligamia por considerarla motivo de prestigio social y poder económico. Sus armas eran arcos, flechas y macanas o porras. La organización gubernamental de la zona se centraba en sus generales (*Huisiques*), sacerdotes (*Teopisques*) y grandes señores de la corte (*Totazis*), que conformaban un senado o consejo de gobierno.

Las concentraciones humanas no llegaron a conformar ciudades en el sentido estricto de la palabra; Autlán, Zapotlán y Etzatlán fueron los únicos sitios que lograron cierta jerarquía en relación con el resto en la zona de occidente.

El señorío de Tlajomulco antes y durante la Conquista

El antiguo territorio que hoy es Jalisco se mantuvo independiente durante el apogeo del Imperio azteca, gracias a la barrera física de los purépechas, los cuales conformaron una confederación autónoma. Los tarascos fueron sus más importantes vecinos y sus relaciones con ellos no siempre fueron pacíficas, sobre todo hacia 1460,¹⁴ cuando sus límites se empezaron a extender al occidente, sometiendo a los tecos de Cuitzeo y Tototlán (Coinán), los cocas y tecuexes de Tonalá y Tlajomulco, los pinomes de Tizapán y Zacoalco, los saualtecas de Sayula y Amacueca, los nahuas de Ajijic y Chapala, los otomíes de Zapotitlán y Tuxcacuesco, los xilotlatzingas de Pihuamo, Tamuzula y Zapotlán, invadiendo hasta territorios colimenses.

Los purépechas extendieron sus dominios a lo que actualmente es el sur de Jalisco y fueron expulsados cerca de 1480 de la región de Cocolula y Amula, derrotados en Zacoalco y desalojados de los límites de Colima.

Fray Antonio Tello señaló en relación con la fundación de Tlajomulco que:

14 Secretaría de Educación Pública, Jalisco, perla sobre arena, p. 64.

[...] no había este pueblo sino un pueblo de ídolos a donde iban a sacrificar al demonio muchos indios de otras partes, y en particular los tarascos de Michoacán. Por los años de 1509, quisieron poblar los indios de Cocula, en el, y los indios tarascos, por defender el puesto, pelearon con ellos y los vencieron, y se fueron a poblar a Acatlán, después en el año d 1511, quisieron poblar los de Ocotlán (hoy San Juan de Ocotán) y la misma suerte fueron vencidos.¹⁵

El franciscano Nicolás de Ornelas también se refirió a esta población y a su vinculación con la dominada guerra del Salitre, acaecida cerca de la laguna de Sayula, de donde se obtenía sal.¹⁶

[...] es tradición cierta que los tarascos entraron por Matzamitlán, con grueso ejército conquistando al rey de Tonalá les hicieron creer a los tarascos que otro día los recibirían y les darían la obediencia y debajo de esta confederación los regalaron y los embriagaron de suerte que a la madrugada habían quedado muy pocos de ellos vivos prisioneros. Los que más ayudaron valerosamente a conseguir este triunfo fueron: Pitlálloc, Copatzí, y Pilipi, hijos del grande Oxato; dióles en premio las tierras de tlaxomulco, que eran bastantes y los relevó de aquellos sus tributos por diez años su rey Tonalán.

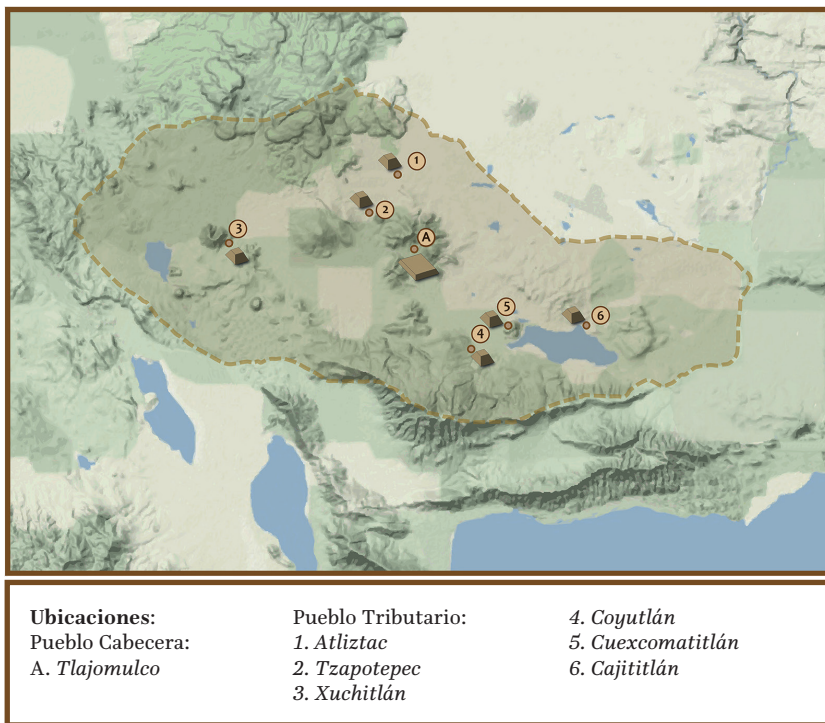
Lo mencionado por Antonio Tello acerca de los tarascos en Tlajomulco señala que quisieron enfrentar a los nuevos pobladores tonaltecas, los cuales se defendieron en una gran batalla de la que pocos quedaron vivos. Así, en 1513, los avecindados se establecieron en el lugar durante un año, para luego realizar un éxodo a sus poblaciones de origen y, en 1519, repoblar nuevamente.¹⁷

¹⁵ Luis del Refugio Palacio y Basave, *Atlixlac, Nuestra Señora de Santa Anita*, p. 23.

¹⁶ *Ídem*, p. 49.

¹⁷ *Ídem*, p. 23.

Cacicazgo de Tlajomulco finales de la época prehispánica



Cihualpilli Tzapotzintli, habiendo mostrado inteligencia y don de mando, fue merecedora del cargo de reina del *Hueytlatocayotl*, con lo cual se ganó el respeto y admiración de la comarca. Las leyendas comentadas por Villegas García mencionan que la señora invernaba en Tlajomulco, territorio de su señorío donde se ocultaba el sol en el solsticio de los fríos; así partía al suroeste en la madrugada del cuarto creciente lunar de invierno (7 de diciembre), por la tarde arribaba al bosque del manantial de Toluquilla, donde se bañaba con la ayuda de sus doncellas y ahí pernoctaban para, en la madrugada del día siguiente, continuar el recorrido hasta Tlajomulco, donde sería recibida

con honores por Coyotl, uno de los principales del pueblo, y su enamorado; esto origina una feria donde se intercambian mercaderías producidas en todo el reino, en las que se concentraron hasta ocho mil súbditos en los últimos años que antecedieron a la Conquista.¹⁸

La tranquilidad del reino se vio interrumpida en 1529, cuando llegaron noticias de la venida de hombres blancos reforzados por indios tlaxcaltecas, tolucos y aztecas, quienes fueron poderosos vencedores de importantes ciudades. Su cometido era obtener metales preciosos y perpetraban las peores crueldades con aquellos que se los negaran. Como le sucedió a Calzontzin, el rey tarasco, quien tratando de satisfacer la avaricia de Guzmán le otorgó varias joyas. Sin embargo, a los ojos del conquistador, no fueron suficientes. En represalia lo ató a la cola de un caballo que lo arrastró por las calles y, finalmente, lo quemó aún vivo envuelto en un petate.¹⁹

Las arbitrariedades de Nuño de Guzmán continuaron en Cuitzeo, cerca de Ocotlán, donde después de enfrentarse y vencer al pueblo, mataron a casi todos los inconformes e hicieron prisioneros a los niños y a las mujeres, los herraron y repartieron, quemaron todo el caserío provocando así el terror en la región.

Durante el mes de marzo de 1530, el ejército de Guzmán —sin rumbo planeado— recibió informes de Tonalá: un poderoso pueblo de más de seis mil casas, gobernado por una cacique y localizado en dirección al occidente.²⁰

Debido a su cercanía con los sitios referidos, los tlajomulcas fueron los primeros en la región en saber de las arbitrariedades y, de igual forma, la dirección que hasta entonces llevaba Guzmán hacia el territorio. Chachi, su cacique, actuó sin tomar parecer de la reina, convocó a los caciques de Tlaquepaque, Coyula, Zalatlán Atemajac y Tetlán, les informó sobre el ejército que se acercaba y lo ventajoso de sus ligeros caballos y explosivas armas, los tonaltecas estarían en desventaja si oponían resistencia. Así, Totochi, Pitlaloc, Popatsi y Pililí decidieron encontrar a Guzmán antes de ingresar a su co-

18 Jesús Gerardo Villegas, *Tlajomulco desde sus raíces*, pp. 12-14.

19 Antonio Tello, op. cit., p. 111, cfr. José Guadalupe Zuno, *Retrato de Guadalajara*, p. 92.

20 Luis Razo, *Crónicas de la Conquista del Nuevo Reyno de Galicia*, p. 249.

marca, dándole regalos y procurando su amistad, y como lo señaló fray Antonio Tello en su crónica: «Nuño de Guzmán respondió que estimaba mucho el presente (...) y que no hubiese temor de su venida (...) porque los tenía por hijos».²¹ Cihualpilli ofreció una bienvenida a Guzmán —quien ya le había mandado un mensaje— sin embargo, la gobernante no pudo disimular el temor que éste le ocasionaba, por lo que el emisario la tranquilizó comentándole:

no se alterase, porque la gente que venía era buena, y no quería matar sino comer, y que los recibiese bien porque si de otra manera (...) ellos tenían unos animales que corrían mucho, y los alcanzarían y matarían y comerían a bocados; y que era mucha gente blanca e indios que traían por amigos, y les ayudaban a pelear y por supuesto esto, le estaría mejor la paz que la guerra.²²

La atemorizada reina tonalteca respondió a Nuño de Guzmán que sería recibido dos días después, para hacer los respectivos preparativos, adecuados a la dignidad de su persona e informar a sus capitanes lo acontecido. Guzmán se presentó con anticipación al día señalado por la reina y en el valle de Tlaxicoltingo (hoy San Martín de las Flores) hizo accionar sus mosquetes provocando un sonido estrepitoso en la zona; los tonaltecas les observaban atentamente desde el cerro Xictépetl.²³

La reina envió mensajeros para recibir a los extranjeros e informarles que ella y demás gente del pueblo estaban en paz, pero que unos parientes —entre ellos su hija—, estaban en un cerro con el propósito de pelear; ya prevenidos pasaron a una enramada donde se les ofreció un banquete en compañía de la reina y su séquito de jóvenes. Cuando se disponían a comer se escuchó un grito de alarma que la reina justificó diciendo que se trataba de gente de Coyula, quienes la querían matar por haber recibido a los extranjeros en son de paz.

²¹ Antonio Tello, *op. cit.*, p. 112.

²² *Ídem*, p. 113.

²³ Luis del Refugio Palacio y Basave, *op. cit.*, p. 32.

Los indígenas tonaltecas se mostraron listos para el enfrentamiento, pintados de negro, color que tradicionalmente era considerado el de la guerra, y con sus respectivas armas. Nuño de Guzmán pretendió disuadirlos de su deseo de lucha en tres ocasiones, al no ser escuchado, dividió al ejército estratégicamente en tres partes, uno comandado por Cristóbal de Oñate dirigido hacia la falda del cerro en dirección al río Grande; otro a cargo de Francisco Verdugo, encaminado hacia el lado opuesto, y él en medio para ascender al cerro.

La lucha fue encarnizada y cuerpo a cuerpo, los tonaltecas demostraron su experiencia en materia de guerra (como la que hubo en contra de los tarascos llamada *Del Salitre*), defendiéndose con un entusiasmo y valentía que no habían sido vistos en Nueva España, tal fue el caso de un principal que enfrentaba a un arquero, quien aún con las vísceras de fuera, seguía luchando contra él.²⁴ Los tonaltecas finalmente se disgregaron huyendo por las faldas del cerro hasta internarse en la barranca, con lo que se lograba el triunfo español en contra de los nativos: de los seis mil que eran murieron más de dos mil.

Nuño de Guzmán, con el apoyo de sus capitanes y la Cihualpilli, hicieron que se presentaran los principales de cada pueblo al día siguiente, para rendir obediencia al rey de España, Don Carlos I, para llevar comida, así como indios que estarían a su servicio.

Los principales de cada *Hueytlatocayotl* se presentaron ante Guzmán para rendir obediencia y Tonalá quedó entonces integrado a las posesiones españolas, el 25 de marzo de 1530.²⁵ La evangelización dio inicio con el bautizo de la reina, para entonces llamada Juana Bautista Danza, y su heredero, Xochitzin, como Santiago Vázquez Palacios.

Los quince días posteriores a la fecha señalada se realizaron dos primitivos templos, uno llamado Victoria de la Cruz y otro dedicado a Santa María, finalmente, se colocó una cruz de casi diecisiete metros de alto. Estos acontecimientos marcaron una división en la historia de la región, si bien, las tradiciones, los

²⁴ Luis Razo, *op. cit.*, p. 250.

²⁵ Luis Paez Brothie, *op. cit.* pp. 41-42.

enfoques, los valores, las formas de comportamiento y, en general, la cultura prehispánica se seguiría manifestando, tendría que acoplarse a otras condiciones histórico-culturales.²⁶

²⁶ Luis Razo., *op. cit.*, p. 42.

CAPÍTULO 2

La evangelización y consolidación de la Iglesia

Antecedentes históricos hispano religiosos y franciscanos

Los religiosos venidos a tierras americanas, antes que franciscanos, eran españoles, y ser de tal nacionalidad necesariamente implica referirse a Santiago, uno de los doce apóstoles de Cristo, quien obedeciendo la encomienda de «ir por todo el mundo y predicar el Evangelio» llegó al extremo poniente del continente europeo, según cuenta la tradición. Sin embargo, otras versiones refieren que Santiago, luego de haber sido decapitado en Judea, fue llevado en secreto a un barco sin timón que sus seguidores dirigieron hasta alcanzar las costas de Galicia, la dirección más apartada del continente europeo y la menos atendida cristianamente. Y, por un acto prodigioso, Santiago colaboraría grandemente en la evangelización y protección de aquella región.

Otra versión coincide al afirmar que el Santo fue martirizado en Jerusalén, y que sus discípulos depositaron su cuerpo en un sarcófago de mármol y lo enviaron al puerto de Jaffa. La embarcación habría sido milagrosamente conducida por ángeles hasta el lugar más recóndito del extremo poniente de Europa, donde finalmente lo sepultaron.

La interpretación más popular señala que Santiago evangelizaba la Hispania pero que al no lograr éxito en las conversiones, la

Virgen lo visitó en la antigua Cesaraugusta (Zaragoza), apareciendo sobre una columna de mármol en la que pidió que se le edificara una capilla, dando origen al culto de La Virgen del Pilar. Luego de tal acontecimiento, Santiago llegaría hasta el campo de La Estrella, que posteriormente sería Compostela, una zona muy cercana al Mar Desconocido, referido también como Mar de Tinieblas. Finalmente, las explicaciones respecto al hallazgo de la tumba señalaron que, al fallecer, su cuerpo se sepultó en un sarcófago de mármol, mismo que cayó en el olvido a causa de la invasión musulmana, sin embargo, el descubrimiento se hizo en la época en la que el ejército de Carlomagno pugnaba por la reconquista. El supuesto hallazgo de la tumba de Santiago se dio en 813, por el ermitaño Pelayo, a quien se le apareció un ángel que le dio informes acerca de la ubicación del sepulcro. Otra versión menciona que la tumba fue localizada gracias a una estrella que la señalaba, al igual que la que guío a los Santos Reyes. Todas estas historias se encuentran enclavadas en un ambiente mágico con toque de leyenda, elementos típicos de las tradiciones medievales.

El hallazgo de la tumba de Santiago estimuló el valor guerrero del ejército cristiano contra los musulmanes. Cien años más tarde se establecieron cuatro caminos que cruzaban Francia, transitados por peregrinos que iban del norte y del este para conformar grandes grupos de rezo y en procesión, hasta arribar al lugar santo.²⁷

El culto a Santiago tuvo auge transcurrido el tiempo: para el siglo X un relicario de abadías y monasterios lo transmitían al norte europeo con el objetivo de señalar la ruta de las romerías santiagueñas, de las que alemanes, belgas y franceses fueron fervientes partícipes. La cantidad de vocaciones religiosas que llegaban a los mencionados edificios era tan numerosa que, durante la expansión árabe al norte, no había suficiente personal bélico para hacer frente a la avanzada, por lo que los religiosos tuvieron que abandonar su vida monacal y hacer frente a los herejes de Cristo y seguidores de Mahoma, como lo hacían sus contemporáneos cruzados en el Medio Oriente.

27 Louis Cardaillac, *Santiago apóstol, el santo de los dos mundos*, p. 24.

El entusiasmo hispano se vio favorecido por su santo patrono Santiago, al que encomendaban estos enfrentamientos, resultando vencedores en Valencia (1238), Murcia y Sevilla (1264). Los sobrepoblados monasterios fueron reducidos por plagas que devastaron Europa entre 1348 y 1351, los monjes sobrevivientes rentaron los latifundios a campesinos, y, opacados sus monasterios por la ascendencia de los obispos y prelados en las catedrales durante los siglos XIII y XIV, se hizo necesaria la actividad productora, la renuncia al retiro y a la opulencia del clero secular; tendencias que dieron origen a las órdenes mendicantes dominica y franciscana.²⁸ La primera fue fundada por Santo Domingo de Guzmán, español influenciado por la espiritualidad de Tomás de Aquino, con alta orientación teológica al estudio, orden apostólico y oración. El dominico fue un monje comunicador de la verdad a los demás mediante la palabra y la pluma, previamente analizada en el silencio.

San Francisco de Asís, por el contrario, desdeñó la ciencia y prefirió la espiritualidad afectiva, expresada mediante la palabra y el ejemplo de su vida, cuya finalidad fue la perfección, así como la de los hombres a quienes pretende llevar el Evangelio y el ideal de la vida cristiana. Por otra parte, consideró que la pobreza era el estado ideal mediante el cual llegarían a las personas contenidas en las escrituras.²⁹

Las órdenes fueron fundamentalmente misioneras, el auge franciscano ocurrió durante el siglo XIV para renacer con gran ímpetu en los albores del siglo XVI, con el descubrimiento de América. Los frailes seráficos se vieron fortalecidos gracias a las reformas definidas por el padre Fray Juan de Guadalupe que, autorizadas por la bula papal en 1496, buscaron un retorno a las fuentes franciscanas más puras, predicando la pobreza y el retiro espiritual. Semanalmente se escogían cuatro frailes que eran retirados a una ermita, donde hacían oración en el más estricto silencio, absteniéndose de comer alimentos cocinados y derivados lácteos, ya de regreso al convento

28 Margarita Martínez del Sobral y Campa, *Los conventos franciscanos poblanos y el número de oro*, p. 23.

29 Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, p. 290.

y antes de ingresar al refectorio, besaban los pies de los religiosos residentes. Sus vestimentas eran estrechas y remendadas, ceñidas con gruesas cuerdas de cáñamo y sus pies descalzos, apariencia que contrastaba con la de los frailes conventuales, que gozaban de comodidades y opulencia.³⁰

Las reformas guadalupanistas eran estrictas y adheridas a la inspiración apocalíptica en lo referente a la cercanía del fin de los tiempos. Dieron pie a la preocupación por la conversión de la humanidad, para que aquellos adeptos a la fe cristiana esperaran a El Señor y el cumplimiento de Su Palabra, reinando así la edad del Espíritu Santo y del Paraíso Terrenal.³¹ Los «franciscanos reformados» fueron los primeros en predicar en la recién conquistada provincia de Granada, símbolo del último enfrentamiento entre católicos e infieles en Europa, terreno fértil para convertir árabes. Es ahí donde encontraron una verdadera labor catequizadora que más tarde habría de desempeñarse en América, donde se formaría otro nuevo capítulo de la tradición medieval española, en el que providencialmente fungirían como el pueblo escogido por Dios en su lucha contra idólatras, ya no moros sino indígenas.

La avaricia territorial, la gloria, las riquezas y la prolongación de la fe católica motivaron a Cortés a penetrar México, venciendo en 1521 al último tlatoani azteca: Cuauhtémoc. Así, la conquista militar habría concluido, pero faltaba darle un motivo justo a la intervención, urgió por consiguiente la cristianización del país. Convencido de ello, el conquistador envía, el 15 de octubre de 1524, su Cuarta Carta de Relación a Carlos V, en la que pide mandar personas religiosas de buena vida y ejemplo para catequizar naturales y dirigirlos a la verdadera religión; que vinieran de la orden de San Francisco y de la dominica, otorgándoles el mayor poder posible para administrar y llevar a cabo su ministerio. Cortés escribió esto cuando, ya desde el 13 de junio del mismo año, doce franciscanos habían arribado a

30 Georges Baudot, *La pugna franciscana por México*, p. 20.

31 Estos conceptos fueron sustentados por Joaquín de Fiore, *cfr.* Enrique Florescano, *op. cit.*, p. 291.

San Juan de Ulúa. Evidentemente fueron insuficientes para la monumental labor que debían desempeñar.³²

La orden franciscana, al igual que en la Granada morisca, fue la primera en la evangelización, y dirigida por Fray Martín de Valencia, la Curia Provincial de San Gabriel de Extremadura, España se dio a la tarea de seleccionar a los hermanos más ameritados de la orden, que se habían distinguido por su apego al guadalupanismo. Fue así³³ que quedaron definidas las doce luminarias, cuya luz dirigiría la conversión de la Nueva España:

- Fray Francisco Soto, padre de los tlaxcaltecas.
- Fray Martín de la Coruña o de Jesús, apóstol de Michoacán.
- Fray Toribio Benavente o Motolinía, historiador de las primitivas misiones.
- Fray García de Cisneros, benemérito de la fundación de Puebla.
- Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, padre de las misiones de Yucatán, Sinaloa y Nuevo México.
- Fray Luis de Fuensalida, opositor de los abusos de los primeros Oidores.
- Fray Juan de Rivas, apóstol y lingüística indígena.
- Fray Francisco Jiménez, primer conocedor de la lengua náhuatl y difusor de cantos para la enseñanza de la doctrina cristiana.
- Fray Andrés de Córdoba, maestro de artes manuales.
- Fray Juan de Palos, apóstol de la Florida.
- Fray Juan Juárez, mártir en Florida.

Después se designó a otros misioneros quienes, encabezados por Zumárraga, representarían el pensamiento renacentista inspirados en la filosofía erasmista de Tomás Moro; que también influyeron en Vasco de Quiroga con la creación de sus hospitales pueblo.

Martín de Valencia, Juan de Zumárraga y el abogado Vasco de Quiroga llevaron a Nueva España las teorías sociales humanísticas

32 Toribio de Benavente, *Relaciones de la Nueva España*, p. V.

33 Toribio de Benavente, «Libros de las cosas de Nueva España o de los naturales de ella», en varios, *Los cronistas, Conquista y Colonia*, p. 685.

y religiosas de sus tiempos, con las que pretendieron crear una monarquía católica en la cual los indígenas –guiados por los frailes– se dedicaran a la Gloria y Alabanza de Dios, libres de los vicios seculares de la iglesia europea y de los crueles colonizadores españoles, obteniendo así un estado de simplicidad y pureza semejante a las primeras comunidades cristianas, en espera del juicio final y de la salvación eterna.³⁴

Organización y distribución geográfica misionera

Los frailes menores, presentes ya en la ciudad de México, se reunieron en Capítulo el 12 de julio de 1524 y decidieron instalarse en el territorio con una coherente sistematización misionera definida por la fundación de la Custodia del Santo Evangelio, homónima a la primitiva de San Gabriel en Extremadura, España.³⁵

Después de su arribo, los frailes comenzaron a fundar sus misiones en las ciudades indígenas más importantes considerando su trascendencia religiosa y política, primero las de México y Tlaxcala, y en segundo término Texcoco y Huejotzingo. Con la llegada de nuevos religiosos los seráficos se dieron a la tarea conquistadora espiritual, sus dominios se extendieron sobre las principales poblaciones del Valle de México y Puebla, ampliándose por el sur hasta Cuernavaca, en 1525.

Los frailes Martín de Jesús, Miguel de Bolonia y Juan Badiano llegaron hasta el reino tarasco de Michoacán en la misma fecha, destruyeron templos prehispánicos y se establecieron en Tzintzuntzan, de donde enviaron compañeros a Pátzcuaro, Uruapan, Guayangareo y Zacapu.³⁶

En 1530, con la caída de Tonalá a manos de Guzmán, la Nueva Galicia recibió la visita del primer franciscano en el reino, se cree que fue fray Antonio de Segovia, por la descripción que de él hicieron los

³⁴ Enrique Florescano, *op. cit.*, p. 290.

³⁵ Georges Baudot, *op. cit.*, p. 25.

³⁶ *Ídem*, p. 26.

indígenas en Tlajomulco.³⁷ Ya para 1531 se fundó el primer convento franciscano en Tetlán, pueblo *Tecuex* dependiente de los tonaltecas, con el nombre de la Asunción de Nuestra Señora, que con el arribo de más frailes dio paso a una serie de establecimientos como Ajijic, el mismo año, y Zapotlán, fundado por fray Juan de Padilla en 1533. En 1535, fray Francisco Lorenzo originó el de Etzatlán, punta de lanza para la penetración en Nayarit, Durango y Zacatecas.³⁸

Ese mismo año, los franciscanos en Niza, reunidos en Capítulo General, examinaron la obra de sus hermanos misioneros en Nueva España y, satisfechos de los logros obtenidos, elevaron la que hasta entonces había sido su Custodia del Santo Evangelio a la jerarquía de Provincia; decreto que se ejecutó en 1536, en el que se eligió como primer dirigente a fray García de Cisneros, uno de los doce que murió habiendo desempeñado su cargo, posteriormente, fray Antonio de Ciudad Rodrigo fue nombrado segundo provincial.³⁹

Por otro lado, se conformó la Custodia de San Pedro y San Pablo de Michoacán y Jalisco, la cual se encontraba en proceso de formación material, moral y económica, con el compromiso de la Provincia Madre del Santo Evangelio de enviar la tercera parte de los frailes venidos de España, para así robustecer su labor misionera.⁴⁰

Las dos entidades dirigidas por su primer Custodio, fray Antonio de Segovia, se dieron a la tarea de evangelizar a la población que más lo requería, si encontraban alguna dificultad podían exponerla ya al custodio o al comisario, controlando así adecuadamente el gobierno misional de las dos regiones, cuyos focos de irradiación evangélica en los centros más importantes se incrementaron satisfactoriamente.⁴¹

En la región que luego fuera la Provincia de Santiago de Jalisco se ubicaron cuatro de las fundaciones conventuales en las poblaciones de mayor importancia, Tetlán, Zapotlán, Etzatlán-Ahuacatlán y Ju-

37 Antonio Tello, *op. cit.*, pp. 121-122.

38 Ramón Mata Torres, *Iglesia y edificios antiguos de Guadalajara*, p.17.

39 Rafael Cervantes, «Seráfica provincia de San Francisco y Santiago de Jalisco», en *Revista Artes de México*, p. 9.

40 Antonio Tello, *op. cit.*, p. 304.

41 *Ídem*, p. 305.

chipila. El perímetro de la zona centro atendió el área comprendida por Cuitzeo cerca de Ocotlán, la ribera norte del lago de Chapala, la sierra de Madroño que se integra con la de Tequila y de regreso por el río Santiago, hasta concluir de nuevo en Cuitzeo. Así, Segovia, junto con Andrés de Córdoba y Juan Badillo, atendieron las fundaciones de Tetlán y Poncitlán en 1533, y pasada Guadalajara al Valle de Atemijac, Tetlán fue destituido por la nueva ciudad en 1542, nació la de Chapala en 1548 y Tlajomulco en 1551.

La escasez de frailes se resintió durante la década de 1550, cuando el obispo de Guadalajara, Pedro de Ayala, pidió religiosos franciscanos para su diócesis, ya que los disponibles eran insuficientes, además de estar enfermos o ser ancianos.⁴² Las condiciones físicas y políticas en la Nueva Galicia provocaron la insuficiencia en la atención misionera en la región: un lugar muy árido en la zona chichimeca y no muy productivo, de muchos dialectos y caminos peligrosos. Desventajas que, lógicamente, ahuyentaron a los jóvenes frailes seráficos al pasar por Tlaxcala y la región de los actuales estados de México y Michoacán, al identificarlos como sitios pacíficos y cómodos, contrariamente al destino que les esperaba en el occidente.⁴³

La evangelización iba en aumento y debido los grandes progresos de la Custodia de San Pedro y San Pablo fue erigida provincia por decreto del Capítulo General de Valladolid en 1565.⁴⁴ San Francisco de Guadalajara, en el mes de julio del mismo año, fue celebrado el primer Capítulo al nombrar provincial a fray Ángel de Valencia. Desde ese momento, el gobierno de la orden franciscana en la región se hizo más formal, aunque alternando entre Valladolid y la capital neogallega.

Fue en 1606⁴⁵ cuando por decreto capitular General en la orden de Toledo, la Provincia de San Pedro y San Pablo fue dividida al quedar Michoacán con el mismo título, y la de Jalisco con el de Santiago. Así, el gobierno franciscano de la Curia fue autónomo en Nueva Galicia, al

⁴² Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, p. 161. ⁴³

⁴³ Philip Powell, *La Guerra Chichimeca (1550-1600)*, p. 150.

⁴⁴ Rafael Cervantes, *op. cit.*, p. 15.

⁴⁵ Antonio Tello, *op. cit.*, p. 12.

establecer el 17 de febrero de 1607 como fecha oficial de su fundación, con el nombre de Seráfica Provincia del Apóstol Santiago de Jalisco.⁴⁶

Se nombró así en honor a Santiago, el santo que protegió a los hispanos en el enfrentamiento en Tonalá y en la Guerra del Mixtón, y debido al pueblo cercano a Tepic, donde estuvo la capital del reino antes de ser en Guadalajara. Para ese entonces, la provincia naciente casi alcanzaba las 40 fundaciones conventuales, dentro de las que destacaban San Francisco de Guadalajara, cabecera de provincia, casa capitular de estudios y noviciado, doctrina administradora de los pueblos de Analco, Mexicaltzingo, San Pedro Tlaquepaque, San Andrés, San Sebastián Tepech, Toluquilla, Santa María Tequepepan, San Gaspar y Huentitán.⁴⁷

El convento vecino del sur, San Antonio de Tlajomulco, fue una importante casa de estudios. Su doctrina administraba Cajititlán, San Lucas, San Juan, Santa Cruz de las Flores o Xuchitlán, San Agustín, Santa Ana Atlixac y San Sebastián Zapoteppec. Otras fundaciones de importancia fueron diseminadas por el territorio, dentro de las que destacaron:

- San Andrés de Ajijic
- La Asunción de Nuestra Señora de Zapotitlán
- La Purísima Concepción de Etzatlán
- San Juan Bautista de Jalisco
- San Francisco de Juchipila
- Divino Salvador de Autlán
- San Francisco de Chapala
- San Francisco de Zacualco
- San Juan Evangelista de Ahuacatlán
- San Francisco de Colima
- San Miguel de Cocula
- San Francisco de Sayula
- San Sebastián de Techaluta

⁴⁶ *Ídem*, p. 123.

⁴⁷ Rafael Cervantes, *op. cit.*, p. 20.

- San Francisco de Ahualulco
- San Agustín Tecolotlán

La evangelización avanzó de manera importante por esas correrías y, ya consolidada la cristianización de los pueblos, se llegó al culmen de la labor seráfica con un inventario de 47 casas, según el informe del Ministerio Provincial Fray Pedro de Íñigo y Vallejo al Virrey, el 12 de noviembre de 1749.⁴⁸ Cinco años después, inició la entrega de doctrinas al clero secular, que concluyó en 1794 en los albores de la independencia nacional, cuando todas pasan a la diócesis de Guadalajara, quedando para la provincia Santiaguense solamente el convento de San Francisco, de la ciudad tapatía,⁴⁹ las doctrinas de Cocula y Etzatlán, las recientes fundaciones de Sayula, Santa Anita, Tepic y Saltillo, más doce misiones en el Nayar, llegando entonces la decadencia franciscana, propagadora del catolicismo que, hasta la fecha, se sigue profesando en un alto porcentaje de los habitantes de la región.

La evangelización

El hombre del Occidente de México, por su innata inteligencia y la observación de la naturaleza, se conformó una idea de Dios al cual rindió culto a través de prácticas individuales y sociales. Las tradiciones y los diversos eventos místicos fueron originando su religión politeísta.

Una de las religiones más sólidas de los últimos tiempos es, sin duda, el cristianismo, cuyas bases se encuentran conformadas en la Biblia. El primer apartado lo define el Antiguo Testamento, en él se narran profecías encaminadas a la venida del Mesías, liberador de la esclavitud; las cuales se cumplieron con la llegada de Jesús al mundo, encarnando al Dios mismo que anunció la salvación con el seguimiento de su doctrina. Predicó en Israel e instruyó a doce de sus seguidores para que la difundieran por todo el mundo y prepa-

⁴⁸ *Ídem*, pp. 38-39.

⁴⁹ *Ídem*, p. 43.

raran a la humanidad para su segunda venida, en la que reinaría el Espíritu Santo.⁵⁰

La labor evangelizadora rindió frutos, sobre todo en Europa con la consolidación de la iglesia en el medievo, y continuó en el siglo xvi en América. Con el arribo en 1524 de los primeros frailes a Nueva España y después con los «doce apóstoles», ya no hebreos sino españoles franciscanos, da inicio un nuevo capítulo en la historia de la evangelización cristiana.

La contribución de Hernán Cortés fue el apoyo sobre el que descansó el comienzo de la labor misionera; con convicciones católicas sólidas, él portó siempre una imagen de la Virgen María, frente a la cual realizaba oraciones durante el día y participaba fervorosamente en las celebraciones eucarísticas del padre Olmedo. El extremeño se esmeró en llevar paralelamente a su conquista la conversión de los indígenas a la fe cristiana, pero consideró conveniente realizarla de manera progresiva y con el convencimiento indígena, para lo cual acudió al apoyo del rey Carlos V, solicitándole religiosos que se hicieran cargo de la empresa.⁵¹

La función que realizaron estos mendicantes no era menos impresionante que la de sus compatriotas militares, las tierras conquistadas entran a otro tipo de sometimiento: el espiritual. Los frailes estaban rigurosamente preparados para fungir como misioneros, entrenados en el estudio y el dominio de lenguas extranjeras, tanto antiguas como modernas, lo que les permitió evangelizar a los árabes de Granada. Pocas órdenes destacaron como ellos en la preocupación por preparar espiritualmente una sociedad cristiana libre de modelos europeos, en concordancia con las reformas franciscanas promovidas por el Cardenal Cisneros y el padre Juan de Guadalupe.⁵²

Establecidos los franciscanos ya en la ciudad de México, se dieron a la tarea de predicar una religión que igualaba a conquistados y conquistadores en una misma fe, también eran blancos y barbados

⁵⁰ Enrique Florescano, *op. cit.*, p. 275.

⁵¹ Robert Ricard, *op. cit.*, pp. 77-82.

⁵² Georges Baudot, *op. cit.*, pp. 20-24.

como los que derrotaron Tenochtitlán, pero la pobreza de sus hábitos y la humildad los hacían completamente diferentes.

El hacerse indios como los indios, fue el principio de su actuación, fueron los únicos españoles que convivieron aislados durante años con los indígenas en sus propios pueblos, adquiriendo un profundo conocimiento de su vida cotidiana e idiomas.⁵³

Una idea suficientemente clara con respecto a la actividad evangélica, es la descripción de un grabado del siglo XVI en el que los misioneros llevaban a cabo su ministerio:⁵⁴

- El religioso no lleva consigo más armas que la imagen de Cristo crucificado. Aparte del breviario, no quiere llevar otra cosa alguna.
- Allí están los muchachos que les acompañan como ayudantes para enseñar la doctrina, pues están muy adiestrados en este oficio, a tal grado que ellos ponen en esto muchísima diligencia, justamente con los hombres maduros que como auxiliares lleva el misionero.
- Es el intérprete del religioso, el cual conoce la lengua española, va escudando con la imagen de Jesucristo, y conduce a los bárbaros e indómitos indios a la presencia del religioso: quienes aparecen aquí desnudos, pues así se acostumbra a andar entre ellos.
- Pone de manifiesto las armas de los bárbaros y el modo como se van acercando.
- Allá se ve a los fieles, y a los hermanos, que van por los montes, rocas y peñascos, en busca de los falsos ídolos, y para conducir a los infieles, a la fe de Cristo.
- En este lugar es en donde duermen por la noche, después de haber calentado las piedras y de colocar algo de paja.
- Aquí se ve de qué manera acostumbran recibir a los religiosos, y cómo las mismas mujeres les enseñan a sus hijos que los recibían de rodillas y les pidan su bendición.

⁵³ Enrique Semo, *México un pueblo en la historia*, p. 257.

⁵⁴ Diego Valadés, *Retórica cristiana*, pp. 507-509.

- Nunca llegan a la presencia del religioso con las manos vacías, pues siempre les ofrecen algo, como frutas o algo semejante. Recorrían sin temor alguno, por montes y cañadas, cien a doscientas millas, predicando, demoliendo los templos, y derribando sus ídolos: catequizando, bautizando; y no decaía su ánimo, ni por las amenazas ni por la muerte violenta de uno de sus compañeros, sino que de esto sacaban mayores fuerzas como lo demuestra el siguiente dibujo.

En 1560, el territorio contaba con una centuria de conventos en las principales poblaciones, los indígenas tenían especial aprecio por sus frailes; inclusive se oponían a cualquier posible cambio de residencia, afecto que era reciproco por parte de los religiosos.

Fraille franciscano evangelizando a naturales



Mientras estas experiencias misionales se desarrollaban en el Altiplano novohispano, otros hermanos seráficos, algunos ya con experiencia y otros recién llegados, se aventuraron a difundir el Evangelio en tierras más al Noroeste, a la Nueva Galicia sometida por Nuño de Guzmán, que representaba un campo abierto para la catequesis.

Según las crónicas, fray Antonio de Segovia se dirigió posiblemente a Tlajomulco para establecerse ahí —el lugar era importante en la región y llegó a tener adoratorios prehispánicos—, pero al notar cierto aislamiento del sitio, al encontrarse rodeado por cerros, decidió trasladarse a Tonalá en 1530, donde construyó con adobe y pequeñas dimensiones la primera edificación católica de la región, según señalamientos de fray Mariano Torres.⁵⁵

Para el año siguiente, los recién llegados frailes, con la idea de organizar y facilitar la evangelización, deciden promover la construcción del primer convento novogalaico en Tetlán, pueblo agregado a Tonalá. El edificio tenía lo indispensable, unos cuantos cuartitos de adobe. Sin embargo, sería el lugar de encuentro de los misioneros y punto de irradiación evangélica en la zona. Del paupérrimo convento de Tetlán salían de misiones Segovia y Fray Juan de Badillo a los lugares de mayor población y cercanía, aunque la atención se extendió por toda la región como lo señaló Tello:⁵⁶

Bautizaban y administraban las provincias de Tonalan, Tlaxomulco, Ocotlán, Atemajac y entraron por la Texuexa de Mitic, Xalos totitlán, Tecpatitlán y toda la Cascana, que son los pueblos y cabeceras de Juchipila, Tlatenango, Teúl, Mecatabasco, Nochistlán y Teocaltiche, y volvían a asistir en su convento sin descansar en el oficio heroico de la predicación, dilatando esta iglesia.

Las dificultades para dar inicio a las misiones de Nueva Galicia fueron enormes, especialmente si se comparan con las del centro de Nueva España, ya que en el occidente no se contó con la unidad que

⁵⁵ Ramón Mata Torres, *op. cit.*, p. 17.

⁵⁶ Antonio Tello, *op. cit.*, p. 207.

caracterizó a aquella zona ni en lo político, administrativo, étnico o lingüístico. Se trataba de un mosaico cultural al que los frailes tuvieron que enfrentarse, congregando indígenas dispersos en asentamiento definitivos. Para poder comunicarse con ellos se auxiliaron de intérpretes, después aprendieron lenguas como el tecueje, de Tequila, Amatitán, Zapopan, Zoquipan, Tetlán y Atemajac; la coca de Tlajomulco y sus agregados, náhuatl —que ya conocían en Chapala y Ajijic—, así como algunos sitios con tzaultecas, pinomes, caxcanes y otomíes.⁵⁷ A principios de 1534 regresó fray Martín de la Coruña, acompañado de fray Juan de San Miguel y fray Francisco de Pastrana; recorrió el Sur hasta Colima. De la Coruña llegó hasta Tetlán para encontrarse con Segovia y habiéndose entrevistado el primero con Juan de Padilla en Zapotlán, vieron la necesidad de evangelización de la zona norte y fundaron otro convento, que sería la punta de lanza para las misiones de la sede del establecimiento, creándose así el segundo convento de la Nueva Galicia, el mismo año ya referido por Tello.⁵⁸

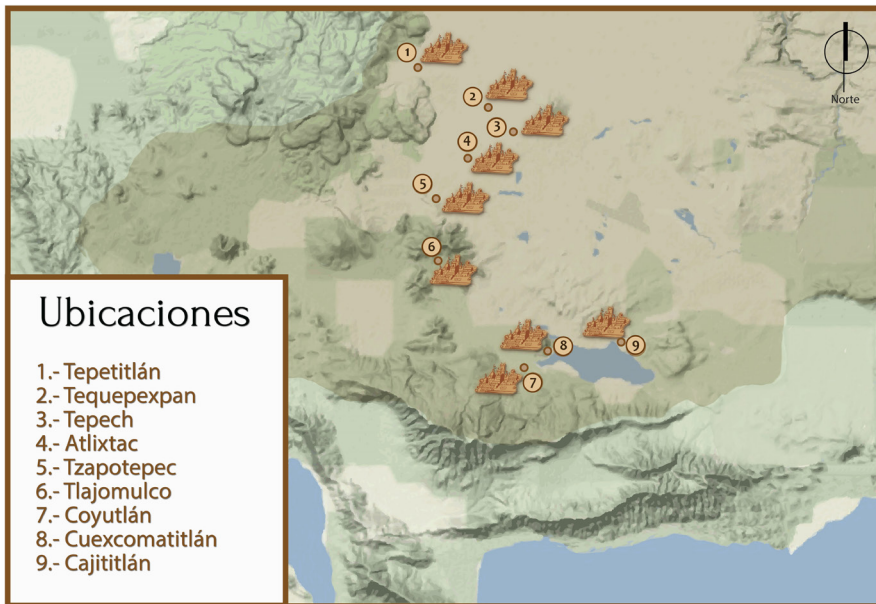
Los franciscanos continuaron diseminando el Evangelio en las cuatro direcciones, la del Sur fue de las más beneficiadas con Tlajomulco, sus habitantes sumaban más de tres mil indígenas cocas de origen tonalteca, sus principales eran cuatro antiguos militares que se enfrentaron a los tarascos en territorios de Tonalá, y en premio a su desempeño recibieron tierras tlajomulcas.⁵⁹

⁵⁷ José Ramírez Flores, *Lenguas indígenas de Jalisco*, p. 116.

⁵⁸ Ramón Mata Torres, *op. cit.*, p. 18.

⁵⁹ Luis del Refugio Palacio y Basave, *op. cit.*, p. 36.

**Pueblos del extremo sur atendido por el Convento de la Asunción de Tetlán
(antes de 1542)**



Los caciques Coyotl, Pitlaloc, Copaya y Pililí, oriundos de Tlajomulco, fueron bautizados e inició el catolicismo en la región, de la cabecera salieron algunas familias a reestructurar o conformar poblaciones en las muy comunes rancherías y jacales diseminados, para que los frailes pudieran realizar más fácilmente la evangelización.

La mayoría de los sitios no requirieron de esta intervención por estar ya configurados, tales como los ubicados en la ribera del lago de Cajititlán, que eran pueblos muy antiguos: Cuezcomatitlán, Cuyutlán y el homónimo de la laguna.

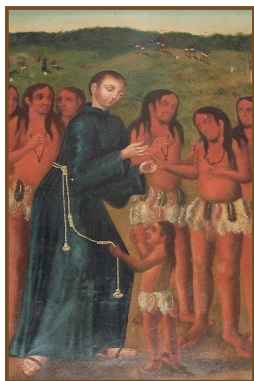
Las demás comunidades se encontraban en partes elevadas pero cercanas a afluentes naturales como Atlixnac, en unos cerrillos en donde existía un ojo de agua con tono blanco, y Tzapotepec, en la

parte alta de la loma del norte de Tlajomulco, por donde corre el río Sanjuanate del que se abastecieron después de su reubicación.⁶⁰

La intención de estabilizar las conquistas de Nuño de Guzmán demandó la necesidad de fundar una ciudad en la zona que funcionaría como sitio de control administrativo y político. El conquistador comisionó a Juan de Oñate para tal empresa y éste eligió la mesa de Nochistlán para su emplazamiento el 3 de diciembre de 1530, con el nombre de Guadalajara, igual que la española donde nació Guzmán.⁶¹

Los problemas bélicos de la zona caxcana provocaron el peregrinar de la nueva ciudad por los márgenes de la barranca del río Santiago, primero Tonalá y luego Tlacotán. El año de 1541 es referido como fecha de enfrentamientos y de martirio de frailes, puesto que fray Antonio Cuellar y fray Juan Calero fueron cruelmente sacrificados, el primero cuando regresaba de participar en la reunión capitular de la Orden en la ciudad de México, fue atacado en las cercanías de Ameca; y el segundo en la sierra de Tequila al intentar pacificar a un grupo de indígenas después de haber salido de Etzatlán.

Mártires de Etzatlán



Fray Juan Calero



Fray Antonio Cuellar



Fray Andrés de Córdova

⁶⁰ Ídem, pp. 37-38.

⁶¹ Antonio Tello, op. cit., pp. 315-319.

La Guerra del Mixtón complicó más las cosas, inclusive el virrey de Mendoza tuvo que intervenir en la pacificación, por otra parte, Oñate llevó indígenas que apoyaran el enfrentamiento, Tonalá y Tlajomulco fueron los sitios que aportaron los recursos humanos, provocando un fuerte despoblamiento en los apenas reestructurados sitios.

El triunfo hispánico del enfrentamiento del Mixtón propició que Cristóbal de Oñate premiara a los que participaron en él y, previendo algún futuro ataque indígena en aquella zona, trasladó indios caxcanes y tequexes a Nueva Galicia, para lograr la definitiva pacificación regional.

La Guadalajara de Tlacotán prefirió su asentamiento en el valle de Atemajac el 14 de febrero de 1542; los indígenas de Apozol y Juchipila repoblaron varios sitios como Zapotepec y Atlixlac, éste último incluso fue reubicado más hacia el sur, en una zona plana cerca del río Sanjuanate, el 2 de octubre del mismo año. Zapotepec fue dividido en dos poblaciones: San Agustín, con los más jóvenes y cerca del río Sanjuanate, y San Sebastián, con los más grandes (de ahí el apelativo *el Grande*, que lleva hasta la fecha) casi en la conclusión del mismo río por el oriente.

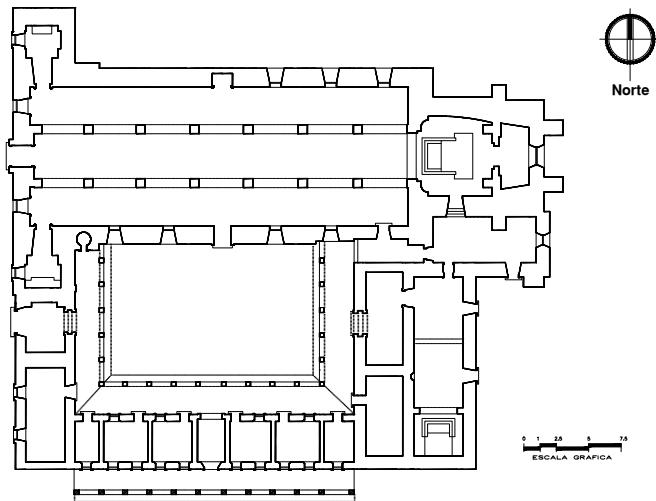
La ubicación de Guadalajara al sur del río Santiago provocó grandes transformaciones en las estructuras de organización religiosa establecidas hasta entonces. La metrópoli requirió de atención espiritual, por lo que los franciscanos incentivados por los recién asentados, decidieron abandonar Tetlán como sede de su convento y se ubicaron en el margen oriente del río San Juan de Dios, en Analco, pero observando ciertas desventajas de cruce constante entre el establecimiento y la ciudad, se trasladaron al margen opuesto y, finalmente, a un punto intermedio entre el centro citadino y el recién conformado pueblo de indígenas mexicanos o tlaxcaltecas (Mexicaltzingo). Ya en el sitio definitivo continuaron realizando labores misionales, además de la edificación de la más importante casa de la futura provincia franciscana en la Nueva Galicia.

Las fundaciones franciscanas siguieron en aumento, para 1547 se fundó el convento de Amacueca, el año siguiente el de Chapala y en

1550 el de Zacoalco. Un año después de que el cacique de Tlajomulco, don Miguel de Estevanica, hizo peticiones para el establecimiento de religiosos en su jurisdicción, fue finalmente escuchado: bautizaron a su hijo y fue apadrinado por el obispo Pedro de Maraver.

Fray Antonio de Segovia fue designado como guardián del recién fundado convento de Tlajomulco, ya en 1530 se habría predicado contra la idolatría de los pobladores, mismos que después de 21 años le recibieron con regocijo.⁶² Segovia construyó un nuevo convento, una iglesia, el campanario y algunos cuartos para residencia suya y de los demás frailes que visitaban regularmente los pueblos que antes polarizaba el de San Francisco de Guadalajara, sitios que eran atendidos espiritualmente sin que se residiera en ellos definitivamente, sólo para pernoctar y con la condición de regresar lo más pronto posible al convento para organizar la atención de los otros pueblos. Las poblaciones o visitas atendidas por los frailes de Tlajomulco fueron: Cajititlán, Cuyutlán, Cuexcomatlán, San Sebastián Zapoteppec (El Grande), Santa Ana Atlixnac y San Agustín.

Convento de San Antonio de Padua de Tlajomulco



62 Antonio Tello, *op. cit.*, p. 122.

Se fue fortaleciendo la religiosidad de los sitios y se generaron nuevas visitas a finales del siglo en San Juan Evangelista, San Lucas Evangelista y Santa Cruz de las Flores, lugares en los que trabajarían y convivirían los frailes hasta 1794, fecha de secularización de la guardanía.

Fundación de cofradías de la Purísima Concepción en la feligresía de Tlajomulco

La mayor parte de actividades eran encaminadas a la evangelización como la promoción de la nueva fe. Los frailes pusieron en práctica las reformas guadalupanistas y franciscanas. Un ejemplo de ello fueron sus humildes vestimentas y su preocupación por la conversión de indígenas a estereotipos libres de errores europeos, como los atacados por Erasmo. Trabajaron activamente fortalecidos por la meditación del Evangelio, olvidándose de los intereses terrenales, que tanto interesan a los clérigos seculares.

Las tierras de Nueva Galicia eran diferentes a las del centro de la Nueva España y de Yucatán, allá se contaba con una organización cultural, social y religiosa más convencional, que fue aprovechada por los frailes al sustituir algunas estructuras por otras, tanto en lo material como en lo espiritual. Es decir, el fraile tomó el puesto del sacerdote prehispánico y el convento el del adoratorio, valiéndose del mismo basamento como en Izamal, Yucatán o Cholula, Puebla. En otras reconstrucciones se revalorizaron criterios culturales indígenas, adecuados a los católicos con nuevas formas. Los presbiterios y templos idólatras serían capillas abiertas con amplios atrios, como la de Huaquechula, lo mismo en Puebla o en la construcción original de Etzatlán, en Jalisco.

En las tierras del occidente las realidades fueron distintas, en la región chichimeca no se pudo sustituir lo disgregado. Había que reunir, formar y enseñar a la vez que aprender, así, los sentidos de la evangelización en el occidente tuvieron diferentes términos, si allá fue sustitución aquí sería congregación. Se conformaron pueblos

con indígenas dispersos para hispanizarlos y evangelizarlos más fácilmente, apoyándose de poblaciones más o menos conformadas en donde se fundarían modestos conventos, que explotarían al máximo su pobreza franciscana. Ahí fue la residencia de los emprendedores misioneros que «visitaban» a otros recientes o ya formados pueblillos.

El criterio administrativo de evangelización requirió mayor consistencia ya que los asentamientos fueron mermados en su demografía a causa de la Guerra del Mixtón en 1541, el redoblamiento con rebeldes caxcanes y tequexes no fue eficiente pues la peste *cocoliztli* de 1543, y el descubrimiento de la planta en Zacatecas, ocasionaron un éxodo de indígenas chichimecas a su tierra de origen.⁶³

La asistencia hospitalaria y el arraigo poblacional estaban muy debilitados porque ni la epidemia se terminaba, ni los indios se aclimataban en poblaciones. El año de 1547 marcó una posible mecánica que fortalecería la evangelización y solucionaría la carencia de atención en materia de salud: la fundación del hospital de Ajijic, por religiosos.⁶⁴

Los frailes conocedores de la necesidad de la evangelización y del uso de criterios eficientes para tal proceso, echaron mano de criterios tanto de origen medieval como renacentistas, buscaron en este acervo algunos que solucionaran los requerimientos demandados por la zona.

Las cofradías medievales y Tomás Moro con su *Utopía* fueron las fuentes principales de inspiración. La primera, generada en la Edad Media, manifestó la preocupación de la iglesia por fortalecer sus más reducidas estructuras laicales y promovió su participación activa en apostolados organizados por cofradías.⁶⁵

La *Utopía* escrita en 1516 se inspiró en el descubrimiento de América, describe una isla imaginaria gobernada por un príncipe elegido por la comunidad, formada por treinta familias saludables atendidas en un hospital gratuito, todos trabajadores en campos agrícolas que producen comida para ellos y la cocina comunitaria. Forasteros miserables irán de buen grado a trabajar en un sitio donde se puede

63 Luis Paez Brothie, *op. cit.*, p. 91.

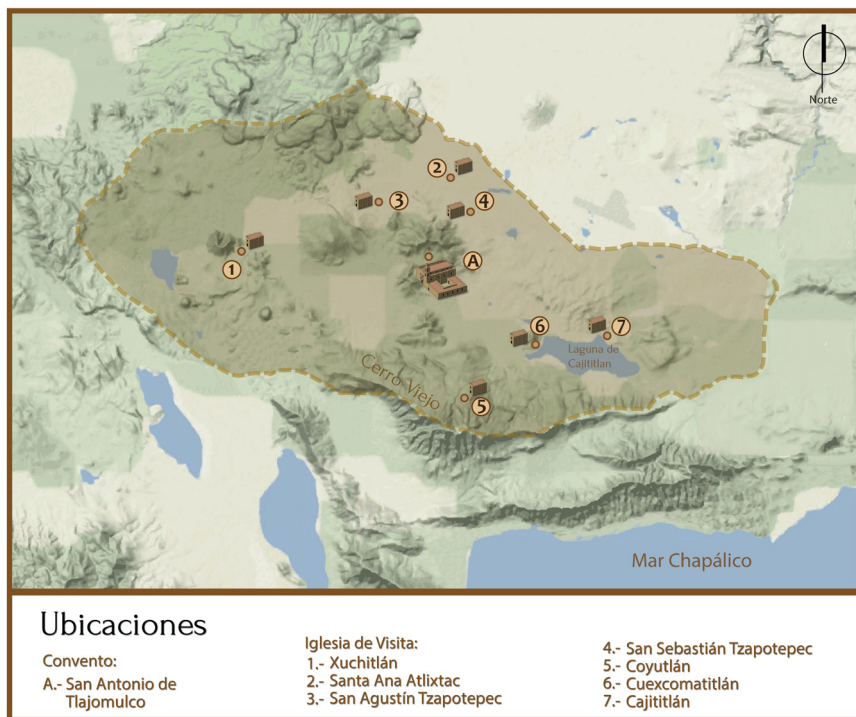
64 Luis del Refugio Palacio y Basave, *op. cit.*, p. 61.

65 Yvon Belaval, *Historia de la Filosofía*, pp. 181-197.

comer hasta hartarse, la suerte que vivían en su lugar de origen haría del destierro un beneficio.

Los criterios anteriores estaban aunados a las defensa y promoción del dogma de la fe de la Purísima Concepción de María, que respaldaban los frailes provenientes de Valencia, España, de donde vinieron fray de Zumárraga, el obispo de México y el evangelizador y pacificador de Nueva Galicia, fray Antonio de Segovia, contribuirían en la creación de hospitales o cofradías con la denominación de la Purísima Concepción, patrona de los sanatorios.

Conformación de la guardianía del Convento Franciscano de Tlajomulco (1551)



Los frailes promovieron la creación de estos centros para llevar a cabo su labor catequizadora. La atención hospitalaria se resolvió en espacios adecuados para ello, con amplias y ventiladas salas, enfermería y demás dependencias secundarias. La construcción de una capilla o templo fue considerada indispensable y sus dimensiones iban de acuerdo a las posibilidades de cada pueblo, formando así un conjunto que integraría dos funciones medulares: la atención física o de salud y la espiritual; las dos se retroalimentaron perfectamente, si había enfermedad no podía haber culto, y si no había instrucción religiosa, lo más seguro es que no se diera el apostolado.

Los hospitales permitieron el trato entre pacientes y enfermeros o cofrades, estos últimos, por rotación, atendían a asistidos por una semana en la que los lunes, miércoles y viernes se decía oficio de difuntos. Durante todas las mañanas y noches se reunían en la capilla a rezar el catecismo, y el sábado se ofrecía una celebración especial en honor de la Purísima. El equipo de enfermería, elegido por calle, manzanas o barrio, debía de dar testimonio de su fe, tanto por su desempeño en el hospital como por sus ofrendas depositadas en el altar, su participación en los sacramentos de reconciliación y comunión.

Por otra parte, su apariencia personal debía estar privada de todo adorno, alhaja o vestimenta que pudiera insinuar algún intento de soberbia o interés por cosas banales.⁶⁶

Los casados debían suspender sus relaciones maritales y evitar posibles contagios virulentos en los enfermos. Los cofrades eran apoyados por un fraile y coordinados por un prioste y uno o dos mayordomos elegidos por la comunidad. Normalmente, eran los caciques quienes organizaban la fiesta de la Virgen de la Purísima, de la misa, las danzas, la música, los cohetes, además de administrar los gastos del hospital generados por medicinas, ropa, comida y diversos gastos derivados del mantenimiento de las instalaciones. Los ingresos provenían de las donaciones por ofendas y los días de trabajo ofrecidos a la cofradía, en cementeras y pastoreo de ganado. Las mujeres elaboraban tejidos y otros trabajos domésticos.

66 Robert Ricard, *op. cit.*, pp. 258-263.

Las largas distancias que recorrían algunos caminantes por diversas zonas demandaron la existencia de sitios para descansar, pernoctar, alimentarse o recibir atención médica si enfermaban; estos establecimientos resultaron ser la solución para tales casos y no era necesario hacer pago alguno al ser atendido. De esta manera, se fomentó la hospitalidad que hasta la fecha se practica por los habitantes de la región. Las ventajas generadas por estas instituciones motivaron sin duda a los pobladores e indígenas vagabundos, de montes y campos, a integrarse con suma facilidad a ellas.

Las aportaciones más relevantes de los hospitales de la Nueva Galicia se dirigieron al aglutinamiento social en zonas de disgregación poblacional, lo que fortaleció la evangelización, la conformación y el control en el avance eclesiástico de los diversos tipos de asentamientos, los cuales debían contar con estas instituciones como lo señaló el primer Concilio Mexicano en 1550, disposición que se cumplió con agilidad sorprendente: para 1558, el arzobispo Moya y Contreras señaló que todas las comunidades hasta entonces conformadas contaban con hospitales. Tlajomulco edificó el suyo en 1552, a cargo de Fray Alonso Benitez.⁶⁷

La gran peste azotó el Occidente en 1577, había hospitales que asistieron hasta 400 enfermos. Otra epidemia redujo considerablemente la cantidad de habitantes en 1586,⁶⁸ factor que coincidió con la disposición real de la audiencia de México para que la erección de hospitales tuviera una cobertura total en todos los sitios.⁶⁹

La religiosidad iba en auge, al mismo tiempo que surgieron nuevas poblaciones derivadas de otras más antiguas, como: San Lucas Evangelista de San Miguel de Cuyutlán (para entonces ubicado en la cercanía de la ribera poniente de la laguna de Cajititlán, en 1582), San Juan Evangelista de los del pueblo homónimo del lago y, finalmente, en 1594, Santa Cruz de las Flores, reubicado de Santa Cruz Juchitán (ahora Cruz Vieja) y con familias tlajomulcas motivadas por el padre Peralejo, trasladadas para habitar las tierras al poniente.

67 Fidel de Jesús Chauvet, «Misiones franciscanas en la época colonial». En *Artes de México*, p. 45.

68 Luis Paez Brotchie, *op. cit.*, p. 109.

69 Antonio Tello, *op. cit.*, p. 323.

Según afirmaciones de fray Antonio Tello, para entonces el convento de Tlajomulco atendía los siguientes pueblos: Cajititlán, San Lucas, Cuyutlán, Santa Cruz de las Flores, San Agustín, Santa Ana Atlixnac y San Sebastián el Grande; todos ellos contaron con hospitales donde se curaban enfermos en el año de 1653, excluyendo a San Juan y Cuexcomatitlán, quizás porque no contaba con el servicio, pero que ya existía para entonces.

Fortalecimiento y consolidación de la Iglesia durante los siglos XVII y XVIII

Las necesidades y aspiraciones religiosas de la zona, durante la segunda mitad del virreinato, no fueron las mismas que las del siglo de la Conquista, si bien ese periodo se caracterizó por la conformación, arraigo y evangelización de la población, para los siglos XVII y XVIII deberían de purificarse las bases, agudizando detalles exteriores de comportamiento bajo los esquemas que marcaba el barroco del momento.

Hubo enfrentamientos religiosos entre protestantes y católicos en los que la iglesia española participó activamente después de realizar trascendentales reformas en sus estructuras, al extirpar los abusos clericales hasta entonces manejados. Estos fueron la base mediante la cual Ignacio de Loyola se inspiró para fundar la Compañía de Jesús, desempeñándose como el más fuerte defensor del credo católico contra protestantes en Europa.

Resulta lógico entonces que los españoles influenciaron a sus colonias con conceptos religiosos parecidos a los que se manejaban en el viejo continente en esas fechas, donde la exteriorización rebuscada del culto, actos piadosos, catequesis y estudio de la vida de los santos fueron indispensables para conformar una iglesia capacitada para enfrentar cualquier cuestionamiento protestante.

Las posesiones españolas en América nunca tuvieron que enfrentar a reformadores luteranos, sin embargo, este enfoque cultural coincide con el proceso de iniciación de la fe católica del siglo XVI,

su avance en el xvii y la plenitud en el xviii, con la que más fuertemente se identifica. La Nueva España y sus correspondientes divisiones como Nueva Galicia se adecuaron al contexto local, propiciando aportaciones diferentes en cada región, como lo fue la de Tlajomulco.

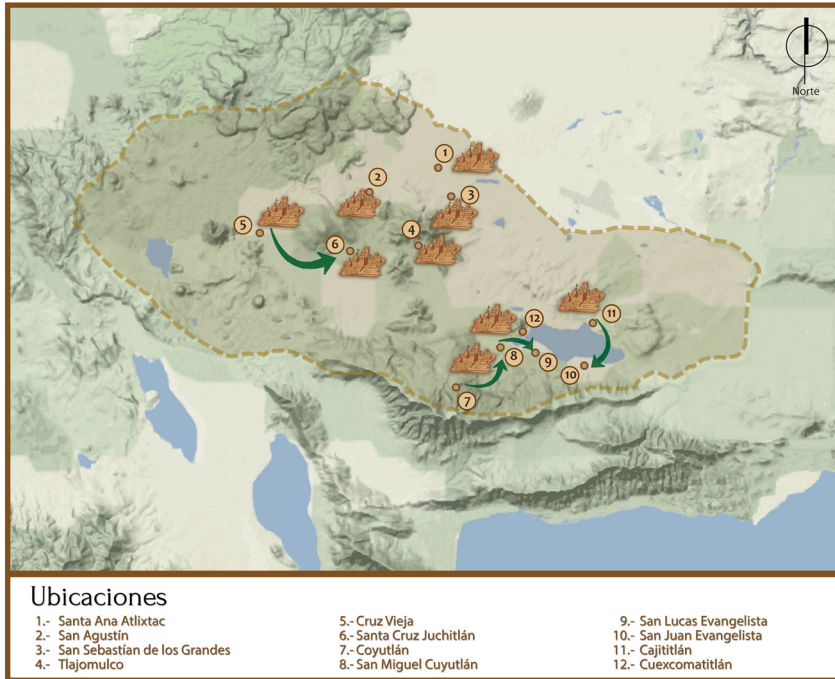
Durante el siglo xvi la devoción mariana fue muy fomentada en todas las poblaciones que conformaban la feligresía de Tlajomulco. La dedicación a la Purísima Concepción fue común en todas ellas, pero hubo nuevas advocaciones en 1666, como la de la Soledad de Cajititlán (la segunda, ya que existía otra en Santa Cruz, que era la patrona), que sirvieron como preámbulo a otras de mayor trascendencia: la de La Purificación o Candelaria, de Santa Anita.

El origen se remonta a un mito que es un fenómeno común en todas las comunidades de ascendencia prehispánica. Si bien, un escrito histórico para la cultura occidental narra un acontecimiento humano en tiempo y lugar precisos, se fundamenta en un relato que se concentra en acontecimientos sagrados, como lo fue el comienzo de la devoción de Nuestra Señora de La Purificación de Santa Anita.

La tradición señala que la imagen fue dejada por un ermitaño, al morir, en casa de una india curandera del pueblo, llamada Agustina, la cual le empezó a rendir culto y después de presenciar algunos milagros mediante la aplicación del sebo derretido en una candela sobre los enfermos, éstos quedaban sanos sólo si el rostro de la imagen se ponía sonrosado. Patiño refiere que, por el contrario, el rostro se tornaba oscuro si no era seguro que el enfermo sanaría. Al morir la Agustina, los indígenas de Santa Ana Atlixac llevaron la imagen a su hospital y no hubo mayor trascendencia. El padre Téllez, guardián de Tlajomulco, supo de su fama como milagrosa y la trasladó al templo patronal de la Señora Santa Ana el 15 de agosto de 1700.⁷⁰

70 José Alejandro Patiño, *Mapa topográfico del curato del pueblo de Tlajomulco*, p. 13.

Derivaciones de nuevos pueblos en la guardianía de Tlajomulco (fines de siglo XVI)

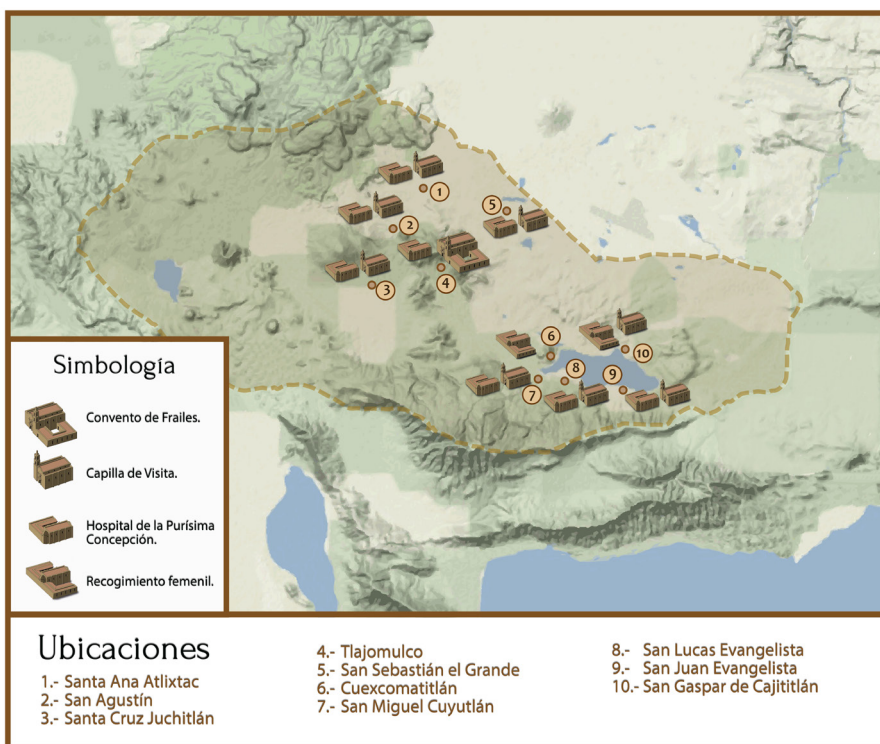


La fama milagrosa de la Virgen de la Purísima de Atlixnac fue enaltecida como la de muchos otros santos de Nueva España. Fue conocida por la región sur de Guadalajara hasta Colima y mereció una edificación. Los frailes, apoyados económicamente por Manuel Carlos Herrera —dueño de una cerería de la capital neogalega—, iniciaron el 6 de octubre de 1732 un imponente santuario mariano en el sitio que utilizó el templo patronal de la Señora Santa Ana. Varios curas seculares atacaban las cofradías hospitalarias desde 1750 al considerar que no compartían los ideales misioneros de los frailes, las iden-

tificaban como centros de idolatría y superstición; por otra parte, la aplicación de las reformas borbónicas también afectó su continuidad y es posible que entonces los frailes fomentaran su erradicación.⁷¹

Santa Anita fue el primer pueblo que disolvió la existencia de la cofradía, al ser señalado por Patiño en 1783 como el único de la zona donde no existía fraternidad, quizás por la fuerte presencia de españoles que no eran afectos a la congregación.⁷²

Edificios religiosos durante la evangelización (siglo XVI-XVII)



⁷¹ Enrique Florescano, *op. cit.*, p. 458.

⁷² Ramón Mata Torres, *op. cit.*, p. 23.

Los frailes pretendieron que los feligreses del pueblo continuaran practicando una vida piadosa y participativa dentro de la iglesia; así, promovieron la fundación de la fraternidad de terciarios de la Orden Franciscana Seglar, que ya en 1614 estaba en Puebla⁷³ (ciudad con fuerte presencia española), extendiéndose hasta Guadalajara, donde el atrio del convento de San Francisco contaba con una capilla de terciarios realizada en la primera mitad del siglo XVIII, lugar en el que se daban cita los franciscanos seculares para desempeñar su ministerio.⁷⁴

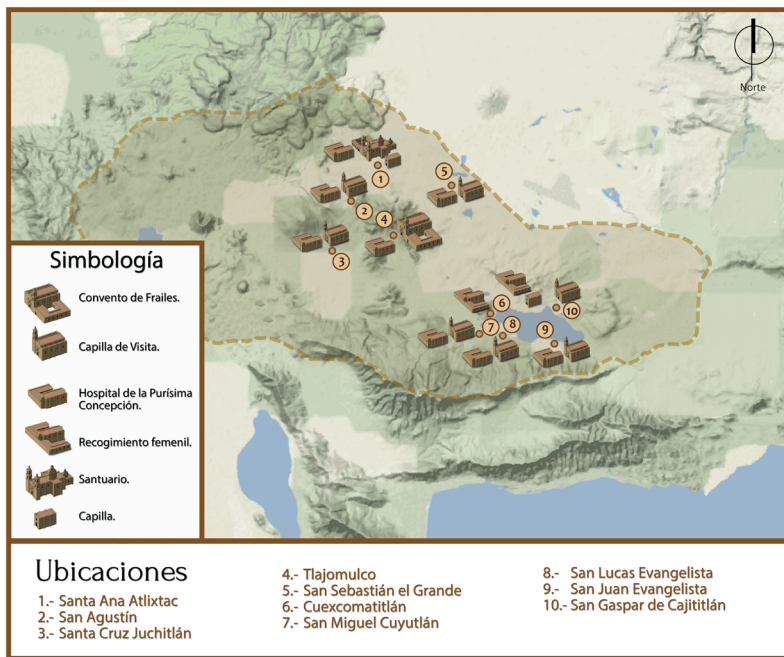
La orden franciscana está constituida por tres sectores: frailes menores, monjas clarisas y hombres y mujeres laicos (seculares), que no hacen votos religiosos. Usan un hábito especial sólo en ocasiones excepcionales y de ordinario un escapulario de lana tosca en el pecho. Se les piden ciertos requisitos para formar parte de la orden, como tener un año de formación o noviciado, durante el que estarán a prueba de obediencia de todas las disposiciones marcadas por la regla, si después de esta etapa el Consejo de Hermanos juzga idóneo el comportamiento del novicio, éste podrá profesar mediante una promesa pública por escrito, a través de la cual está obligado a permanecer a perpetuidad en la fraternidad, sólo pudiendo salir de ella para integrarse a la vida religiosa.

Sus obligaciones se resumen en dos áreas, actos de piedad y apostolados semejantes a los realizados en la Cofradía de la Purísima Concepción, y son: vestir humilde y pudorosamente, mostrarse prudentes con respecto a bailes, teatros y otras diversiones mundanas, observar días de ayuno, oración y misa de cuerda los domingos terceros de mes y la obligación de participar en los funerales de los hermanos difuntos de la confraternidad. Vivir en paz con el prójimo y respetar sus bienes, ser apóstoles en sus propias casas, ayudar a los pobres económicamente y a las iglesias concedidas al servicio de la fraternidad. Visitar enfermos, fungir como pacificadores entre los prójimos y aceptar con fidelidad al ministerio u oficio que se le encomiende en el servicio de la fraternidad.

⁷³ Como lo refirió George Kubler, diciendo que fue fundada para el asentamiento exclusivo de españoles

⁷⁴ Ramón Mata Torres, *op. cit.*, p. 23.

Edificios religiosos de la guardianía durante las Reformas Borbónicas



Con base en estos principios, surgen nuevos enfoques de comportamiento en los habitantes de la zona, enriqueciendo su acervo cultural y religioso, cuyos conceptos se ven presentes en la creación de la capilla de la tercera orden en Santa Anita, ubicada al costado sur del Santuario Principal que, si bien, actualmente funciona como teatro parroquial, es una muestra material del acervo filosófico franciscano integrado al patrimonio conceptual de la zona.

Renglón aparte, merecen los recogimientos femeniles, realizados durante la segunda mitad del siglo XVIII en la comarca de Tlajomulco; hubiera resultado raro que aquí no existieran espacios destinados a la formación religiosa de las niñas indígenas, como se dieron en el centro de la Nueva España donde, inspirados en tradiciones de origen

europeo en las que las hijas de familias nobles vivían separadas de sus padres, hasta cumplir la edad para casarse o profesar como monjas.

Por otra parte, la sociedad prehispánica contaba con colegios o recogimientos femeninos localizados junto al templo, donde vivían las doncellas que ofrecían voluntariamente durante uno, dos o tres años para servir en atención del adoratorio, en supervisión de algunas mujeres grandes que eran sus maestras y, después de cumplir con el periodo prometido, solían dejar el edificio para convertirse en esposas y madres.⁷⁵

Un documento enviado por fray Juan de Zumárraga en 1537⁷⁶ al secretario del rey, demostró las claras intenciones que tenía el obispo de que prevalecieran las buenas costumbres indígenas en la formación espiritual femenil, al considerar conveniente que fueran apartadas de sus padres desde los seis o siete años para llevarlas a internados donde serían criadas, adoctrinadas e instruidas. A los doce años podrían salir de ahí para ser desposadas, sin que hubiera tiempo de que se pervirtieran. Pretendió también que los mismos indígenas eligieran los sitios para esta función y que estuvieran atendidos por monjas profesas y beatas que hubieran hecho votos religiosos y de obediencia al obispo o prelado.

El primer beaterio del que se tiene noticia en la Nueva España es el de la Purísima Concepción, conocido también como «de la Madre de Dios», fundado aproximadamente en 1540 en la ciudad de México. Posteriormente hubo otros semejantes en Texcoco y Huetxotzingo, Cholula, Tlaxcala y Chalco.⁷⁷

Los documentos existentes no dan información clara sobre los factores que contribuyeron al surgimiento de los primeros beaterios en Tlajomulco. Las fechas son tardías (siglo XVIII) comparadas con las primeras de la ciudad de México antes mencionadas.

Es muy posible que estas fundaciones formaran parte del proceso conclusivo de purificación idolátrica fomentada por el ciclo secular

75 María Concepción Amerklink de Corsi, «Los primeros beaterios novohispanos y el origen del Convento de la Concepción», en *Boletín de Monumentos Históricos*, p. 6.

76 Tomás Zepeda, *La educación pública en la Nueva España en el siglo XVI*, p. 27, cfr. Josefina Muriel, *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas*, p. 26.

77 No se tiene la fecha exacta, cfr. María Concepción Amerklink, *op. cit.*, pp. 16-20.

desde 1750, que abolía las Cofradías indígenas sustituyéndolas por instituciones colegiales fomentadas por obispos y alcaldes.

Alejandro Patiño refirió que Agustín Santiago, gobernador de Cuexcomatitlán, promovió su fundación al mismo tiempo que sostenía su manutención, heredando el compromiso a su sucesor Francisco Luis. Para 1778, el edificio albergaba 33 jovencitas indígenas atendidas por una maestra y portera, se les enseñaba a:⁷⁸ «leer, escribir, contar, labores de mano, tocar con todo arte varios instrumentos musicales y cantar con primor para oficiar las misas cantadas de sus fundaciones de iglesia».

Las vestimentas de las indígenas de los recogimientos femeniles de la ribera del lago de Cajititlán eran faldas azules de lana, blusas de algodón con rayas de color azul y blanco, rebozo y sin calzado. El establecimiento de Cajititlán contaba para esas fechas con 30 internas, las cuales subsistían mediante los trabajos de bordado que hacían y los apoyos que sus padres les daban, al alternarse los gastos (cada uno de ellos) por semana.

Se puede considerar que los últimos edificios religiosos realizados en la Guardianía del Convento de Tlajomulco fueron los recogimientos, los cuales se ubicaron en los espacios que en décadas anteriores formaran parte los hospitales de la Purísima Concepción, tanto en Cajititlán como en Cuexcomatitlán, en los albores de la secularización diocesana.

78 José Alejandro Patiño, *op. cit.*, pp. 20-21.

Arquitectura religiosa de la feligresía

La prueba más evidente y objetiva de la conversión indígena al catolicismo y su consolidación son los numerosos edificios religiosos construidos durante la Colonia. Siendo las edificaciones parte esencial para la formación de los feligreses, la preparación de frailes y la celebración del culto comunitario. La adecuación de espacios a los requerimientos de la naciente evangelización fue realizada con materiales perecederos, ya que se construyó utilizando los sistemas tradicionales de la zona, enramadas en un principio, luego otros más duraderos como el bajareque con techumbre de paja. Después, la mampostería combinada con adobes, creando así edificios más resistentes que, con graves alteraciones, han llegado hasta nuestros días.

El proceso fundacional de templos, capillas y hospitales resulta confuso y falto de precisión, pues hay ocasiones en las que se señala alguna fundación y es confundida con su construcción; en el primer caso, de conocerse con exactitud las fechas de sus erecciones, se podría entender cómo se incorporaron las diversas poblaciones a la religión cristiana y por añadidura a la cultura occidental. El proceso de construcción es más ambiguo aún, pues pudo durar desde décadas hasta una o dos centurias, pasando por incendios, muy frecuentes terremotos y reubicaciones urbanas que agudizan el problema.

La evangelización del occidente es uno de los temas con menor acervo documental en la historia del país, dado que la información

es obtenida casi únicamente a través de la *Crónica miscelánea* de fray Antonio Tello, obra terminada en el año de 1652, y la de fray Luis del Refugio Palacio y Basave, concluida en 1917.

Ya se ha referido que durante el periodo en funciones del Convento de Tlajomulco (1551-1794) se construyeron varios edificios en la guardianía, inicialmente su sede conventual, seguida por los templos patronales de las visitas y sus respectivas capillas de hospital de la Purísima Concepción, localizados en la mayoría de los casos uno frente del otro, conformando un conjunto arquitectónico.

Su descripción, iniciando por el oriente, la conforman la iglesia del santo patrono con frente al poniente y su correspondiente casa de visita o convento, en el caso de Tlajomulco y Santa Anita; el atrio o los atrios en cuyo centro se alza una cruz atrial y, finalmente, la capilla de hospital con frente al oriente y sus respectivas dependencias.

Este partido de distribución arquitectónica fue común a casi todas las poblaciones de Tlajomulco, con excepción de la peculiaridad de algunas como Cuexcomatlán, San Lucas, San Juan, San Miguel Cuyutlán y Cajititlán, que no cuentan con capilla de hospital.

Cajititlán es diferente debido a que el espacio poniente del centro de la población está ocupado por el pórtico de ingreso que funcionó en el siglo XVIII como recogimiento femenino, y siguiendo ese mismo eje y sentido, se perciben las ruinas de un presbiterio con ubicación muy semejante a los de las capillas de hospital, por lo que seguramente después de haberse desempeñado con esa función, cedió su sitio al recogimiento señalado.

En lo que respecta a las subsiguientes poblaciones, por ninguna parte aparece la ubicación de la capilla de hospital, no porque nunca hubiera existido, ya que como señaló Patiño en 1778:⁷⁹ «Todos estos pueblos tienen cofradías de sus hospitales, con constituciones aprobadas por el ordinario». De lo que puede deducirse que pertenecían al templo patronal, por tratarse de sitios poco poblados, o lo que resulta más lógico, que se hayan destruido por la desatención y abandono en que se encontraban durante el siglo XIX.

79 José Alejandro Patiño, *op. cit.*, p. 17.

A la fecha, las estructuras materiales de las cofradías hospitalarias de la región han desaparecido, sólo se conservan algunas partes de la de Tlajomulco, y más completa la de Santa Anita cuyo ingreso se localiza en el costado norte del conjunto, es decir, por la calle que comunicaba el gran atrio con la plaza cívica del pueblo.

El zaguán permite el acceso y antecede a un amplio corredor dispuesto de oriente a poniente, limitado al sur por una arquería de medio punto apoyada en pilares de sección rectangular. El primer arco del poniente es rebajado a causa de que requirió un claro mayor para conformar otra arquería de iguales proporciones al sur —hoy desaparecida— y que limitó otro corredor que vinculaba las dependencias cercanas al presbiterio de la capilla.

Los amplios corredores descritos funcionaron para recibir a los enfermos en épocas de epidemias, sobre todo cuando las salas de atención se saturaban. Se trata de un espacio semiabierto que permite la iluminación y la ventilación, indispensables para la sanidad de las salas con las que se vincula.

Las salas con las que cuenta el establecimiento son cinco, que separadas por otro zaguán localizado al sur, se unían a otras dos (subdivididas actualmente), pero la proporción mayor de algunos muros intermedios y perimetrales los identifica fácilmente, posiblemente era el sitio donde se desempeñaban los cofrades comprometidos con la atención de culto y la asistencia hospitalaria.

El zaguán antes mencionado comunica el ahora perdido corredor con un amplio patio o corral, localizado al poniente, destinado para la cría de gallinas, ganado de labor o de producción pertenecientes a la Cofradía. Así, también, es usado para el lavado y tendido de ropa del hospital. De las siete salas que se pueden identificar, cinco son de la misma proporción, la del costado poniente del zaguán de ingreso es la mayor, y se vincula con un cuarto auxiliar, posiblemente corresponde a la sala general de hospitalización y su enfermería.

La puerta lateral norte de la capilla, comunica directamente la nave con el hospital, y tiene la misma disposición que la de Tlajomulco, seguramente a través de ella ingresaban los enfermos que se

encontraban en el sala adjunta —hoy desaparecida— para participar de la celebración de la misa. El gran patio central permitió asolear a enfermos, así como cultivar plantas medicinales para el uso hospitalario, siendo entonces un conjunto arquitectónico muy complejo, a la vez que eficiente en la asistencia hospitalaria y religiosa de los pacientes, así como fuente de aplicación para acciones piadosas y de servicio de los cofrades.



Reconstrucción hipotética del Hospital de Tlajomulco

Desafortunadamente, dicho edificio señalado fue el primero que dejó de funcionar para los fines que fue creado, como señala Patiño:⁸⁰ «Todos tienen, menos Santa Anita», y curiosamente es el único que se conserva todavía como edificio, mientras que como institución, Tlajomulco persevera en esta tradición al contar con su cofradía, organización e incluso nombres de cargos como son: Tatita, Mayordomo, Topile, Mantopile, Sípil, Jocoyote y Calpanomes. Además de la celebración de la fiesta de la Purísima Concepción, sin dudas la

80 *Ídem.*

mejor organizada de la región. Las poblaciones que aún conservan las capillas de hospital son Tlajomulco, San Agustín, Santa Anita y Santa Cruz de las Flores, transformada esta última en su planta arquitectónica hace algunas décadas, siendo originalmente en forma de doble T, con presbiterio, para adquirir la fisonomía de tres naves transversales por considerarla mejor adaptada a las condiciones del culto actual.

Algunas otras capillas están en mal estado, como San Sebastián el Grande, de planta basilical de tres naves ya sin cubiertas y con sólo una hilera de arcos, ya que recientemente la otra arquería se vino abajo. De seguir así, dentro de poco sólo quedarán los cimientos.

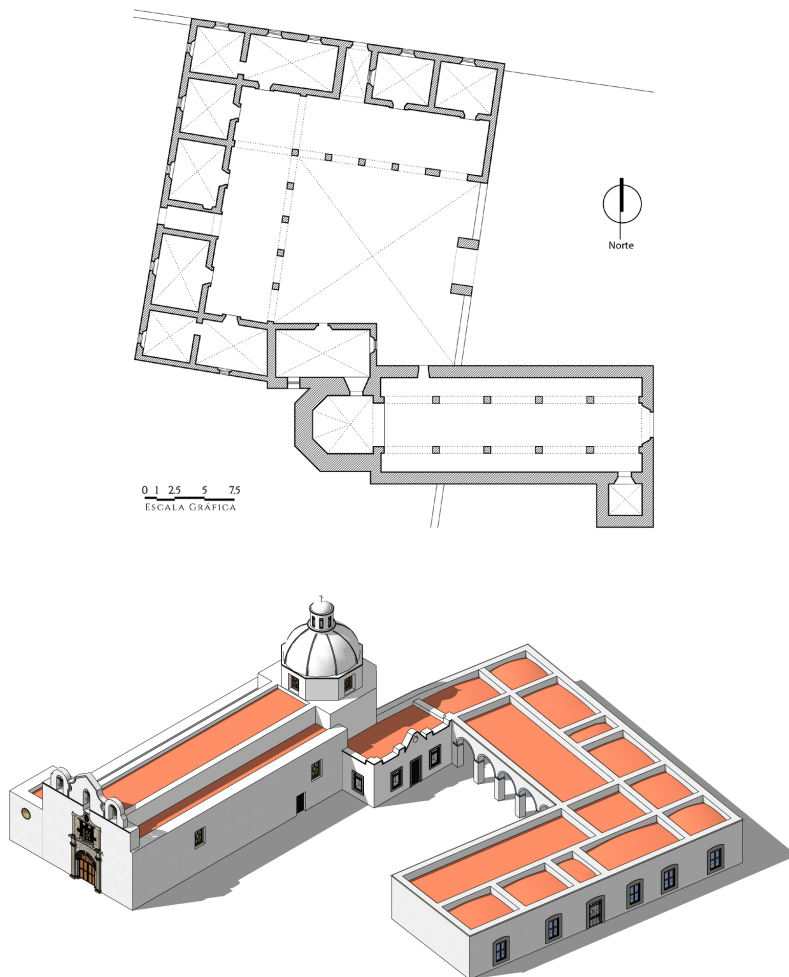
Los templos de los santos patronos, también denominados de visita, se encuentran en buen estado. Tal es el caso de San Sebastián el Grande, San Lucas, San Juan y San Gaspar de Cajititlán. Y los modificados en sus portadas: San Miguel Cuyutlán, sobre todo San Antonio de Tlajomulco y, totalmente, San Agustín.

La desaparición de edificios coloniales se debe a diversas causas: para construir otros nuevos como el de Señora Santa Ana (en Santa Anita), para el Santuario de Nuestra Señora de la Purificación, en 1732, cuyos restos de la portada fueron a parar posiblemente en los dos cuerpos superiores de la capilla de hospital y el pórtico de la Tercera Orden franciscana de la población, según menciona Palacio y Bascave. Otros edificios se deterioraron gradualmente hasta desaparecer, como las capillas del hospital de San Lucas y San Juan Evangelista.

La devoción por María, la madre de Dios, fue bien aceptada por los indígenas, como señala Sejourne Lauret, al encontrar cierta relación entre ella y la Tonantzin prehispánica, donde inicialmente la Purísima Concepción, venerada en los hospitales de la región, generara la multiplicación de advocaciones marianas, como la Soledad, en Santa Cruz, donde también es patrona; la de Cajititlán, de igual denominación, en 1666 junto a la antigua capilla de hospital y posterior recogimiento femenino.⁸¹

81 Manuel Aguilar Moreno, *En busca del Atlquiahuitl: Cajititlán*, p. 18.

Reconstrucción hipotética del Hospital de la Purísima Concepción de Santa Anita



Reconstrucción hipotética del Hospital de Santa Anita.

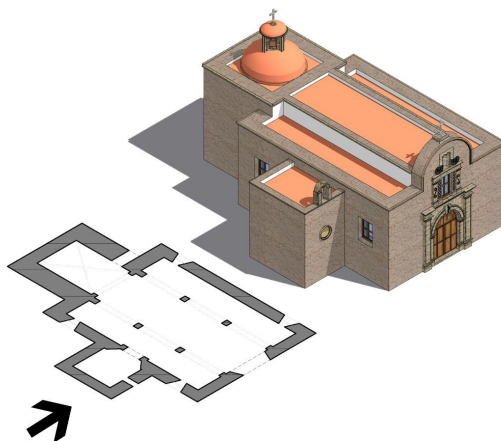
La continuidad de factores de tradición religiosa se siguió manifestando durante el periodo colonial, así el culto mariano se daba en dos puntos clave: por una parte, la concepción de Jesús, y su muerte en relación con la Virgen de la Soledad y su Cruz, sin embargo, una importante etapa quedaba pendiente: la de la purificación de María después de la cuarentena del parto. La nueva edificación religiosa de Santa Anita en 1732 fue uno de los logros más sublimes del culto mariano realizado en la guardianía. Los tres edificios son de excelente factura y demuestran una preocupación muy marcada por la ornamentación de sus portadas: su orientación corresponde a la de los templos patronales, es decir, con dirección al poniente, exceptuando el de Cajititlán, orientado al norte.

Los recogimientos femeniles o beaterios sustituyen a las desaparecidas cofradías de la Purísima Concepción en sus respectivos pueblos; del correspondiente a Cajititlán sólo se conservan las ruinas del presbiterio y el pórtico de ingreso al establecimiento.

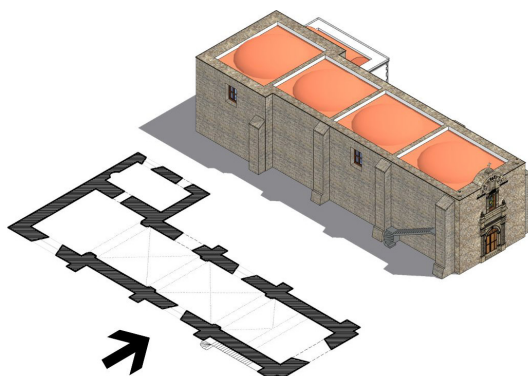
El recogimiento femenino de Cuexcomatitlán está en condiciones más favorables que el de Cajititlán y se encuentra conformado por dos áreas bien definidas a la vez que independientes, su vinculación es a través del templo, localizado al centro de ambas. La parte correspondiente al poniente es la mejor conservada, en ellas se identifican amplias salas, dos en colindancia con el exterior y divididas por un zaguán. Es muy posible que en éstas se realizaran las funciones de bordado y formación religiosa, otra sala muy amplia, pero con mayor independencia se encuentra al costado izquierdo del ingreso, conformando una «L» en planta arquitectónica, muy posiblemente era un dormitorio comunitario.

Capillas de hospital

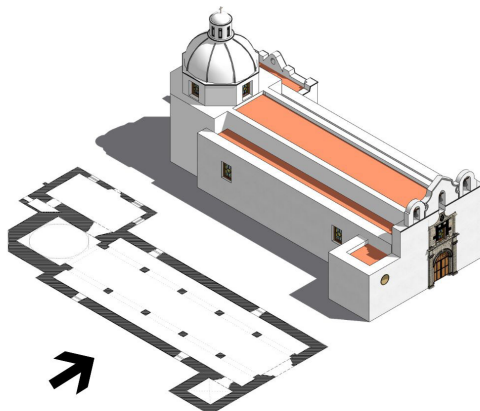
*Capilla de la Purísima
de San Sebastián el
Grande*



*Capilla de la Purísima
de Tlajomulco*

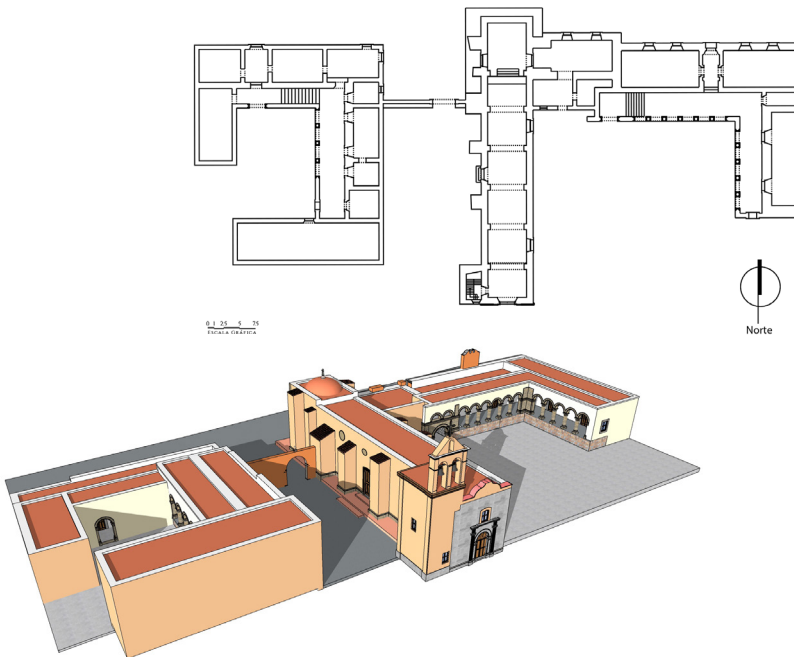


*Capilla de Nuestra Señora de
Guadalupe de Santa Anita*



Un amplio corredor delimitado por arquerías cortas y sostenidas por pilares de cantera de sección generosa funciona como distribuidor de las salas y el amplio patio contiguo a él. Actualmente, las dependencias localizadas junto al atrio de ingreso forman parte de una vivienda particular. Es posible ver pequeñas celdas que seguramente funcionaron como dormitorio para las madres celadoras, que requerían mayor privacidad y aislamiento del exterior al no contar con ventanas.

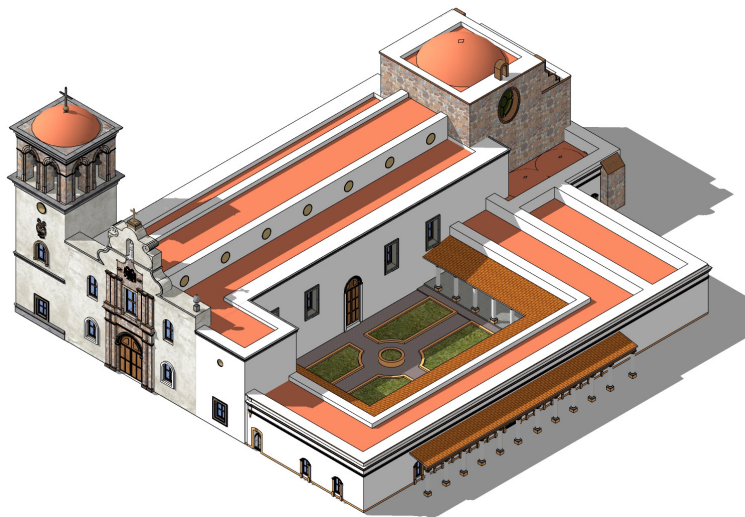
Un amplio espacio en dirección a la laguna provoca muchas conjeturas, los comentarios de los lugareños refieren que fue una capilla privada del beaterio, su ubicación curiosamente es la misma que la de Cajititlán (La Soledad) en relación con el antiguo templo de hospital del que sólo quedan ruinas del presbiterio.



Recogimiento Femenil de Cuexcomatitlán

Es posible que en Cajititlán la parte norte de los restos antes mencionados estuviera ocupada por dependencias del beaterio, ya que se pueden observar gran cantidad de puertas en cuyas claves se ubican querubines semejantes a los de Cuexcomatitlán, y que actualmente son dependencias del hotel y restaurante de aquella población.

Un último apartado en arquitectura religiosa, lo conforman los conventos de frailes. El de San Antonio de Tlajomulco tiene gran relevancia debido a su antigüedad, y no precisamente por sus características físicas que están muy alejadas de lo que originalmente fue. Varios factores ocasionaron su estado actual, así como la gran cantidad de temblores acaecidos en la primera mitad del siglo XVIII, al punto de que no existía ni siquiera una celda habilitada para residir, por lo que sus estructuras actuales son el resultado de reconstrucciones y supuestas remodelaciones, las cuales confunden sus estructuras originales. Las partes que sugieren cierta antigüedad son las que corresponden a la portería y a la parte oriente del claustro, que se vincula con el presbiterio, y muy posiblemente se desempeñó como sala de profundis o refectorio.



Reconstrucción hipotética del Convento de Tlajomulco

La ubicación de este conjunto es opuesta a la que se realizara de 1760 a 1815 en Santa Anita, según Palacio y Basave, ubicada al norte a causa de las limitaciones que generaba la inmediata calle del sur, zona en donde se ubicaba posiblemente la pequeña casa de visita.⁸² Además, existían ciertas dependencias en la parte norte de la plaza del pueblo que pertenecían al conjunto y denominaban *el conventito*, lugar de residencia constante del padre guardián a causa del estado ruinoso en que se encontraba la sede conventual, y debido a que el de Santa Anita estaba en construcción. Así, la ubicación del establecimiento resultaba con mayores ventajas en el punto intermedio entre el conventito y el santuario, en franco avance constructivo para entonces.

Las dimensiones del Convento de Recolección de Santa Anita fueron superiores a las de su hermano mayor de Tlajomulco, la conforman dos plantas arquitectónicas que encierran un claustro, en cuyo centro se alza el brocal de un pozo con arco, de donde se sostiene la carrucha por la que corre la cuerda que permite la extracción del agua con la que se abastecieron los residentes del convento.

La portería comunica con un zaguán que se integra a un corredor cuadrangular, cuyos tramos son definidos por cinco arcos que descansan sobre pilares con sección circular y capiteles toscanos. Sobre los arcos se elevan paredes que contenían ventanas en el sobreclaustro o claustro alto, que protegían a los frailes del frío matinal al realizar sus oraciones comunitarias, actualmente con arquerías de muy mala calidad.

El corredor de planta baja funciona como distribuidor de planta de día, y siguiendo de izquierda a derecha, estuvo conformada por la celda del guardián con un cuarto auxiliar, seguido de otras tres celdas para visitantes huéspedes, donde la última de ellas sirve de límite para otra puerta vinculada con ambulatorio que se dirigía al antiguo conventito. Actualmente, esta zona funciona como notaría parroquial con divisiones distintas a las originales.

El refectorio y la sala de profundis o ante refectorio se ubicó en la parte norte, donde se rezaban oraciones previas a la recepción de los

82 Luis del Refugio Palacio y Basave, *op. cit.*, pp. 229-235.

alimentos, finalmente estaban la cocina y las despensas. Al oriente se ubicó la chocolatera (en donde actualmente están los baños), la cerería, la oficina y celda del sacristán, la antesacristía y la salida a la huerta.

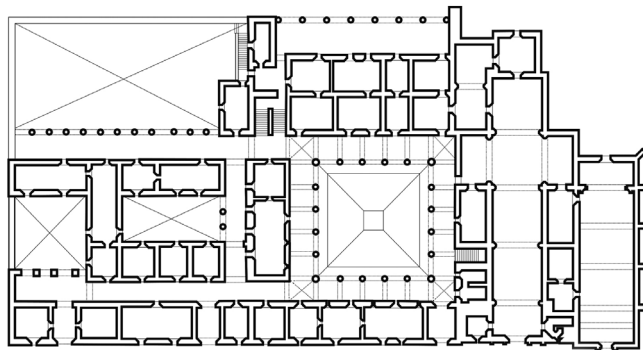
El lienzo sur del claustro lo conforman el arco de ingreso a la escalera, la puerta de acceso al crucero del Santuario y, junto a la portería, el cuarto de la cal, antes celda del portero. La planta alta se comunica por una escalera de dos tramos que se integra con el claustro alto y que siguiendo el orden anterior define la parte poniente por una hilera de celdas que dan al atrio y la plaza. La parte norte está muy intervenida (como se identifica en la dimensión de los muros y la ausencia de derrames que fueron característicos en el periodo de construcción de puertas y ventanas) por marcos de manufactura reciente.

El oriente estuvo ocupado por el noviciado, conformado por una pequeña capilla y ocho reducidas celdas, otra celda mayor junto a la escalera de la biblioteca, perteneciente al padre de novicios, sobre la cocina están los lavaderos y excusados. Al sur, sobre la sacristía, se ubicaron la biblioteca y contenedores de varios tomos destinados a la formación de futuros frailes. El espacio era iluminado por una ventana localizada al norte y otra al oriente.

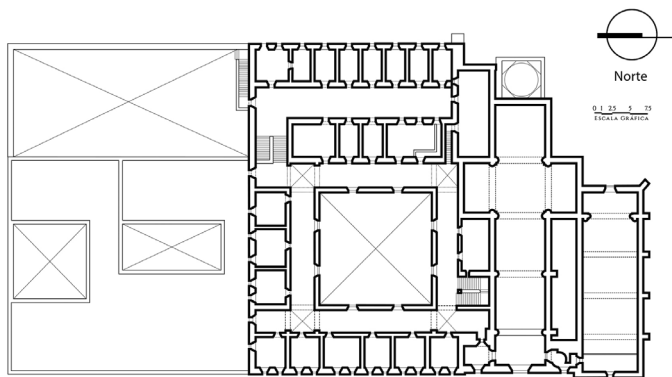
La parte oriente está totalmente modificada, tienen celdas mal distribuidas y con escasa iluminación. Las dependencias del norte, distan mucho de lo que originalmente fueron al tener celdas con dimensiones arbitrarias y con muros ubicados recientemente, los cuales distorsionan la concepción arquitectónica original.

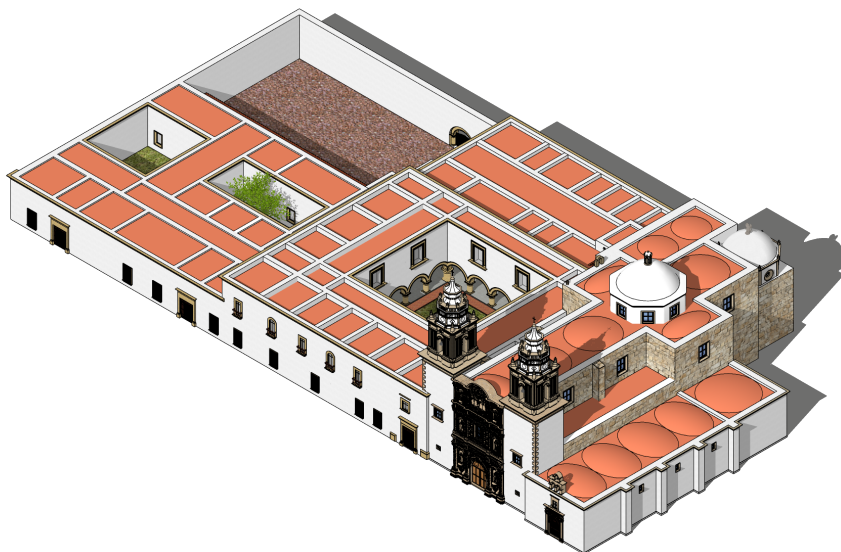
Convento y Santuario Franciscano de Nuestra Señora de Santa Anita

Planta Baja



Planta Alta





Reconstrucción hipotética del Convento de Santa Anita

Los espacios actuales, aun con sus desafortunadas intervenciones, evocan un ambiente místico cuya sobriedad recuerda la pobreza franciscana promovida por los frailes de la Colonia, la cual contrasta con la amplitud y gran cantidad de dependencias dignas de una época de auge religioso, aunque ya con ciertas limitaciones a causa de las reformas borbónicas españolas, promotoras de un arte académico de influencia francesa.

Centros de atención religiosa en los pueblos de visita del convento de Tlajomulco

El edificio religioso más destacado de los asentamientos atendidos por el convento de San Antonio de Padua de Tlajomulco a partir de la fundación de la Guardianía en 1551, fue la iglesia fundacional dedicada al santo patrono de cada pueblo de visita, destacan por su volumen, a causa de las dimensiones tanto en planta como en corte,

orientados recurrentemente con su fachada en dirección al poniente. Así los templos fundacionales fueron Santa Ana (Atlixac), San Sebastián (Tzapotec o El Grande), San Agustín, Santa Cruz (Juchitán), San Gaspar (Cajititlán), San Miguel (Cuyutlán) y los últimos en fundarse San Juan y San Lucas Evangelista. Y el caso particular de Cuexcomatitlán que no hay referencias de su santo tutelar, el cual posiblemente desde su evangelización fue la Purísima Concepción. Es decir, misma cantidad de pueblos, mismo dato de capillas de visita y suman nueve.

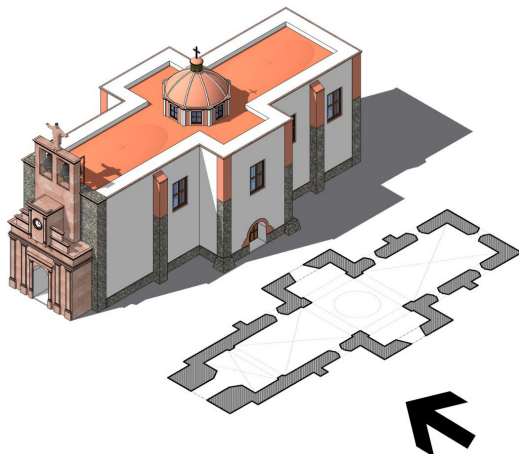
Los anteriormente mencionados sin contar el santuario de Santa Anita y la Casa de Indias de Cuexcomatitlán, suman siete, orientados al poniente, con planta arquitectónica de tipo basilical de tres naves, con sacristía contigua y algunas habitaciones modestas para descanso del padre franciscano que les visitaba semanalmente. Su disposición siempre vinculada con un amplio atrio y en el centro una cruz atrial, disposición en correspondencia con la parte poniente donde se ubica el hospital y su respectiva capilla.

Se pueden identificar diferentes tendencias ornamentales en ellos, algunos muy sobrios producto del siglo XVII, con injerencias neoclásicas o intervenciones desafortunadas que no refieren las características coloniales que debieron tener en su momento.

Algunas iglesias fueron desaparecidas por razón de la creación de nuevos edificios barrocos a principios del siglo XVIII, como el caso de Santa Ana Atlixac, fachada que según la visión de Fray Luis del Refugio Palacio y Basave, se desmontó y colocó en la que fuera la capilla de hospital de la Purísima Concepción, donde originalmente presidía la actualmente conocida Ntra. Sra. de Santa Anita.

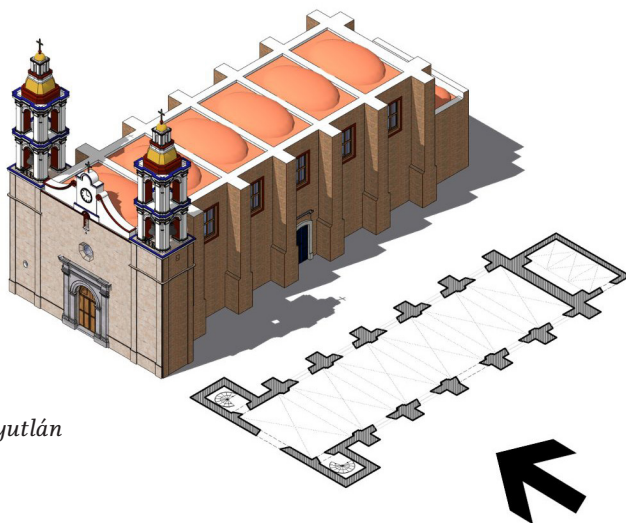
Otras iglesias fueron transformadas radicalmente, tal es el caso de San Agustín con planta arquitectónica de cruz latina y con el intento de portada neoclásica de fines del siglo XIX, que nunca llegó a concluirse. En los últimos años sufrió una severa intervención con ausencia de criterios compositivos clásicos de manera ordenada y agregados escultóricos que hacen aún más compleja su interpretación.

San Agustín

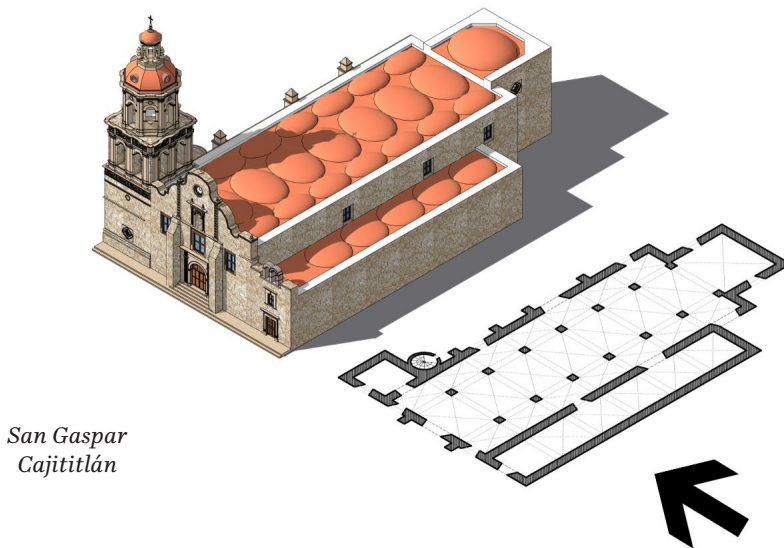


Otra que se fue transformando gradualmente con criterios más coincidentes y menos agresivos fue el caso de San Miguel Cuyutlán, con referentes neoclásicos y proporciones armónicas que dan unidad al conjunto arquitectónico.

San Miguel Cuyutlán

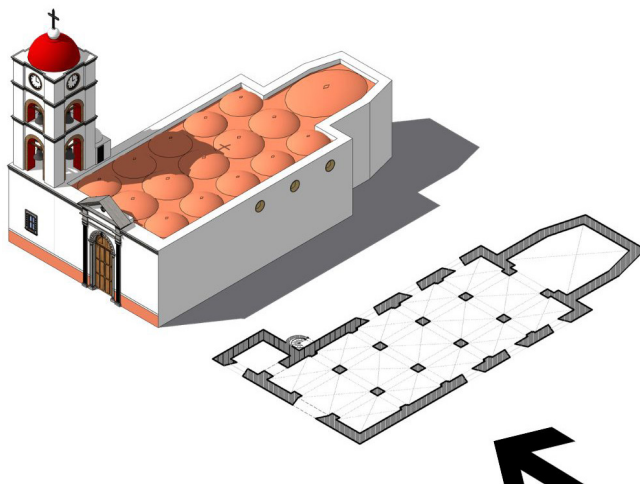


De las que podemos hacer comentarios valiosos son de las restantes, las más sobrias son dos, correspondientes a Los Reyes de Cajititlán y San Sebastián El Grande, ambas con las mismas características en cuanto a planta arquitectónica tipo basilical de tres naves, pero de dimensiones más generosas la primera y con adecuación a la pendiente natural en dirección oriente poniente, por lo cual se hizo necesario la colocación de escalinatas que permitieran ir salvando los terracedos correspondientes en el acceso principal y el sotocoro. Esta construcción refiere elementos ornamentales florales en la ventana coral y los marcos cuadrifoliados de la ventana de la base de la torre, al igual que los vanos del presbiterio. El campanario manifiesta integración de elementos neoclásicos y eclécticos propios del siglo XIX.



*San Gaspar
Cajititlán*

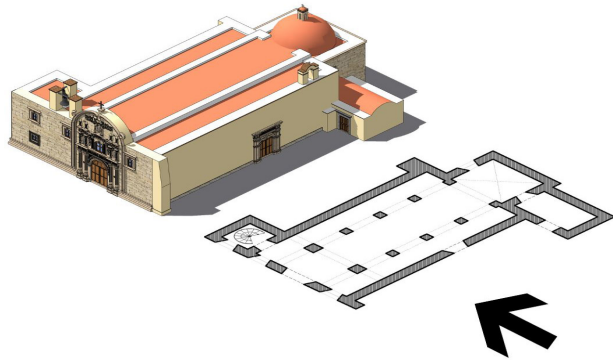
En el caso de San Sebastián El Grande se aprecia un arco de acceso muy generoso en altura, posiblemente el de mayor dimensión de la guardianía de Tlajomulco, con proporciones equivalentes a 1 por 1.5 de altura, con marco en cantera, jambas clasicistas y arco con la presencia de puntas de diamante en sus dovelas. La torre es reciente, de hace algunas décadas pero que se acopla discretamente a la composición de la fachada.



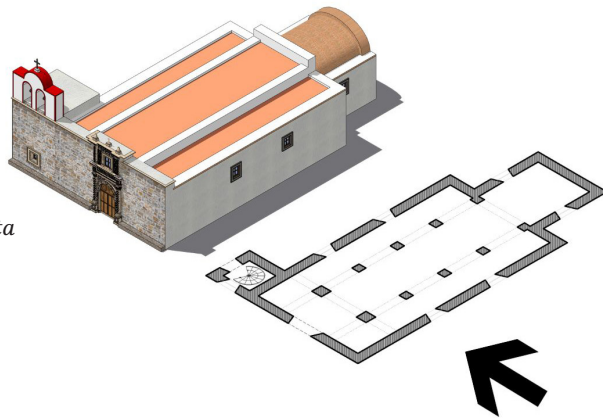
*San Sebastián
Tzapotec*

Un bloque de tres iglesias de visita con características equivalentes, corresponde a San Juan Evangelista, San Lucas y Santa Cruz de las Flores, misma disposición espacial y orientación, quizás las semejanzas se acentúan más en las dos primeras; la amplitud y monumentalidad se percibe más en la de Santa Cruz. Sus características formales corresponden al análisis barroco que más adelante muestro.

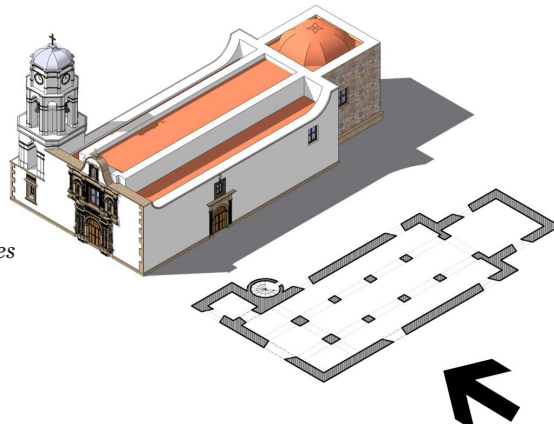
San Juan Evangelista



San Lucas Evangelista



Santa Cruz de las Flores



Podemos comentar que las capillas de visita del convento franciscano de Tlajomulco en conjunto con las capillas de hospital, conformaron un conjunto arquitectónico-urbanístico, que le dio sentido a los centros históricos fundacionales de los pueblos en cuestión, donde se vieron plasmados los ideales de los pobladores sometidos por el yugo hispano, pero que aún con las limitaciones de su expresión cultural supieron exponer su capacidad creativa, organizacional del espacio urbano y de las obras arquitectónicas ahí contenidas.

Configuraciones espaciales de los templos

En arquitectura, el espacio es indispensable. Su esencia radica en delimitaciones estructurales visibles o creadas por el hombre, ya sea con los materiales que toma directamente de la naturaleza o mediante los que fabrica.

Los enfoques del espacio en la arquitectura pueden ser interiores y exteriores. En el presente libro nos hemos ocupado de las iglesias de la zona de estudio. Las tipologías espaciales encontradas son versátiles y, al parecer, algunas hasta parecen producto de la improvisación o resultado de las ampliaciones a las que fueron sujetas. Es por ello que encontramos plantas arquitectónicas de una nave, basilical de tres, de naves transversales y de cruz latina. La variabilidad de formas lleva a suponer que responden a factores de tipo funcional, estético, constructivo, histórico y, además, elementos que tuvieron una mayor o menor carga conceptual en cada tipología.

Al hacer un recuento en muestras de cada fisonomía se observó que el mayor número de casos corresponde a plantas arquitectónicas de tipo basilical de tres naves, la central de mayores proporciones, resaltada por las menores de los costados, sumando a la fecha ocho en total, de las cuales seis corresponden a iglesias patronales y dos a capillas de hospital. Este tipo de planta arquitectónica es heredera de la tradición renacentista del *Quattrocento* italiano, que tuvo alguna relevancia en el centro de la Nueva España, como lo fue Tecali y Zacatlán de las manzanas, ambas franciscanas en el estado de Puebla,

en comparación con lo común en el siglo XVI, pues en aquella zona fueron de una sola nave.

Por otra parte, el occidente recibe con mucha aceptación esta modalidad, posiblemente porque los claros transversales de la nave podían salvarse fácilmente con la utilización de vigas de madera y terrado en la parte superior, criterio de sencilla construcción comparado con la complejidad de las bóvedas que necesitaban una mayor supervisión constructiva.

Las hileras de arcos que dividen las naves dirigen las visuales a un punto relevante del espacio: el presbiterio, donde se realiza la liturgia de la misa. Sus fisonomías varían desde muy sencillas, como la capilla del Hospital de Santa Anita e iglesia patronal de San Sebastián, a otras más elaboradas como la capilla ruinoso de este último pueblo, con figuras florales inscritas en las dovelas de los arcos y en los fustes de los pilares. Todas ellas diferentes en su fisonomía, hasta las de carácter impresionante de los santos patronos de la Santa Cruz, San Juan Evangelista y, sobre todo, San Lucas, cuyas claves de arcos deslumbran por su ornamentación e iconografía.

Un segundo apartado lo definen los templos de una sola nave, que son cinco en total, incluyendo una capilla para terciarios de la orden franciscana. Dos edificios son los que destacan: el de la Purísima de Tlajomulco y el de la Soledad, de Cajititlán, ambos continuadores de los orígenes de templos cristianos, que tratan de imitar en la construcción de templos la nave en la que Cristo y los apóstoles entraron. La fisonomía es simple, como fueron los enfoques franciscanos que pretendían ser portadores de una fe sencilla e interior, concentrada de manera rigurosa en la esencia más que en superficialidades.

Esta intención se identifica claramente con las reformas cisnerianas y guadalupanistas de la época de la Conquista, criterios que recibieron los indígenas y que se aplicaron en sus expresiones arquitectónicas, como las capillas de hospital, los santuarios marianos, las iglesias patronales y las capillas para terciarios.

Las proporciones del ancho de la nave con relación al largo son de 1:4 en la mayoría de los edificios, excluyendo a Cuexcomatitlán, que

es de 1:8, posiblemente por su relación con el recogimiento femenino. Los testeros del presbiterio son de ángulo recto en todos los casos y su dimensión es la misma que corresponde a la nave, sólo más amplia en el caso de la Purísima de Tlajomulco.

Muy posiblemente, en el inicio las cubiertas fueron en viguería de madera, con terrado en la parte superior para luego ser transformadas en bóvedas por arista, lo que requería contrafuertes en el perímetro, realizado posteriormente como se puede observar en el edificio expuesto con anterioridad.

Capillas con naves transversales

Al no encontrar ejemplos semejantes en otros sitios, mencionamos a juicio personal las capillas más originales de la zona. Su configuración responde a las relaciones que debieron tener éstas con las dependencias del hospital, es decir, la sala de enfermos integrada a un costado de la nave, que acompañadas transversalmente con respecto al presbiterio quedaron mejor alineadas sobre un mismo eje de composición, del que solo se conserva lo correspondiente a la capilla.

Su longitud obligó a que las fachadas ostentaran tres ingresos, como los que se perciben en Santa Cruz. San Agustín también tuvo esa intención en etapas iniciales pero sus dimensiones se ampliaron con una nave más, cubriendo así la fachada de tres ingresos.

La capilla de hospital de Santa Cruz, después de permanecer en ruinas por un largo periodo, sólo conservaba su fachada y presbiterio, no así los muros laterales de las naves. Refugio Palacio y Basave señaló que a principios de siglo indicaban el concepto de espacio original correspondiente al edificio. Desafortunadamente la reconstrucción o, mejor dicho, la remodelación no siguió tales lineamientos y la intervención la configuró de tres naves transversales, de las cuales la central debía tener la misma dimensión que la del presbiterio, definiendo una planta de cruz latina con una nave transversal intermedia entre ésta y la fachada, concepción espacial de la época.

El espacio de las capillas es similar al que se observa en las antiguas mezquitas árabes del sur de España, cuyas cubiertas son a la

misma altura y ocupan una serie de galerías divididas por arquerías. Hay una variación en el sistema constructivo, ya que se utilizan vigas de madera y terrado inicialmente, sustituidas luego por bóvedas como en San Agustín, o recientemente con vigueta de fierro o bóveda de cuña, como en Santa Cruz.

Templos en planta de cruz latina

Hay dos ejemplos, San Agustín, del que se albergan serias dudas con respecto al concepto original del edificio pues fue reconstruido en la primera mitad del siglo xx, cuyas características espaciales se vinculan más con la cruz griega, pero la nave del oriente se utiliza como sacristía. En general, el edificio ostenta una ejecución pésima en cuanto a forma y acabados. Un caso distinto es el santuario de Santa Anita, que se encuentra en muy buen estado de conservación, sus dos naves se cruzan dejando libre el punto de intersección entre una y otra para ubicar cuatro impresionantes pechinas contenedoras de las imágenes casi exentas de los evangelistas, realizadas en sus respectivos atributos y en cantera, limitados por hojarascas y ornamentación vegetal propia del barroco, envuelta en marcos pétreos en forma elíptica. Los símbolos contenidos en la estructura física de las pechinas sostienen el tambor sobre el que se apoya la cúpula, identificable en mayor o menor grado desde cualquiera de los espacios que definen al templo, y que sirven para comunicar dos espacios horizontales dirigidos hacia los cuatro puntos cardinales, el de oriente a poniente de mayor dimensión y definido por cinco tramos, y el de norte a sur en tres, regidos ambos por la supremacía de uno (cúpula) que funciona como una réplica de la esfera celeste, comunicación a la vez entre lo terrenal y lo espiritual.

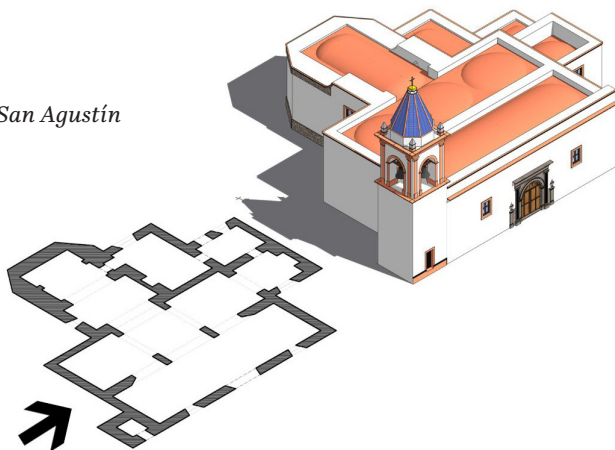
Las cubiertas utilizaron el criterio constructivo por arista, cuyos perfiles son acentuados por nervaduras que, como señala Saldívar, están inspiradas en las de la catedral tapatía. Sus centros contienen formas celestiales, la del presbiterio con la forma del Sol, el astro mayor sobre el sitio de la celebración del sacrificio de la misa, las dos de la nave principal que ante- ceden al crucero son estrellas de ocho

puntas, y la del coro representa muy posiblemente a la luna llena. Las laterales del norte y sur de la cúpula son también estrellas, aunque únicamente tienen cuatro puntas, dos a cada lado, por permitirlo así la cubierta, que al igual que las del coro y sotocoro, son iguales en longitud a la nave y casi a la mitad en la dirección opuesta.

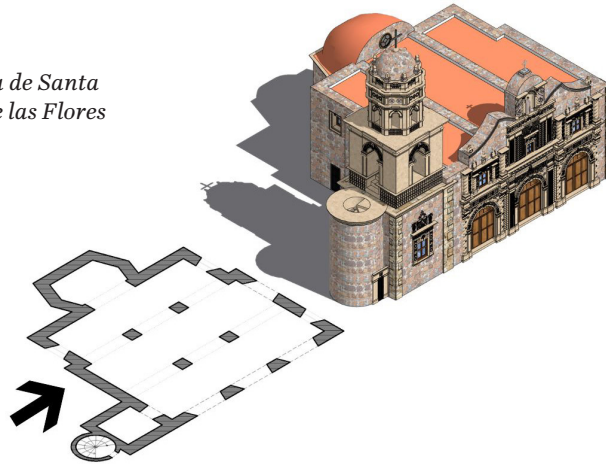
Los muros, ahora sin los retablos de los siglos XVIII y de la primera mitad del XIX, son descritos como de estilo churrigüesco por fray Refugio Palacio y Basave, y muy semejantes en su factura a los de Aranzazu, en Guadalajara, por lo que en su concepción original ese espacio era escenario de alegorías marianas, cristológicas, de santos y de simbología cosmológica, en general, donde el feligrés era bombardeado con símbolos místicos que sublimaban y fomentaban su participación en las celebraciones litúrgicas propias de cada tiempo. Además, se consideraba que de este modo sería más sencillo comunicarse con el Ser Supremo, los santos y, sobre todo, tener cercanía con María, mediadora e intercesora suya ante Dios.

Los espacios interiores fueron contenedores de una atmósfera religiosa que pretende ser el límite de este mundo para unirse con Dios, convirtiéndose en una experiencia mística o regalo para el feligrés, en recompensa a su visita, después de haber cruzado la puerta de la no menos impresionante fachada.

Capilla de San Agustín



*Capilla de Santa
Cruz de las Flores*



Las portadas

Una de las partes que exigen la máxima atención del arquitecto en la realización de cualquier proyecto es, sin duda, la portada, por su exposición visual con el exterior y la cantidad de significados que puede comunicar en el transeúnte si se estructura adecuadamente. El género religioso siempre ha tenido especial cuidado en atender esta área de la composición, donde el periodo colonial supo echar mano de criterios adecuados a los fines religiosos perseguidos por la Iglesia de aquel tiempo y la manera de conducir a la sociedad.

Independientemente del tamaño, estilo o periodo al que pertenezcan, los templos siempre van a contar con los mismos elementos: puerta de acceso limitada en la parte superior por un arco de medio punto y los costados por jambas sobre las que se apoya el arco, límites que a la vez son enmarcados por pilastras a los costados, que apoyan una cornisa con mayor altura al límite del arco mencionado, sobre la cual se ubica una ventana coral en la misma dirección del eje de

la puerta inferior; finalmente, la composición tiene un remate de variadas formas o una espadaña.

Los elementos ornamentales integrados a las fachadas van desde muy sencillos hasta muy complejos, dependiendo de las circunstancias históricas de su composición y ejecución. Los templos considerados como coloniales corresponden, en su mayoría, a los siglos XVII y XVIII, ya que del siglo XVI se ha perdido prácticamente todo a causa de terremotos, ampliaciones o remodelaciones realizadas en los inmuebles.

Resulta difícil clasificar los templos según las fechas a las que corresponde su edificación, primero, porque no hay información suficiente y, segundo, porque en algunas iglesias prevalecen detalles que pertenecieron a periodos anteriores, generando una composición tardía del edificio. Tal es el caso de Los Reyes de Cajititlán, una construcción de 1634 con una fisonomía que corresponde a 1770.

El análisis formal de los edificios se basó en las características comprobables físicamente y no en el periodo de su construcción, que requeriría de estudios específicos sobre el tema. Existen varias modalidades para clasificar el Barroco, las hay desde las señaladas por Manuel Toussaint en los años cuarenta del siglo XX, y otras más recientes, como las de González Galván.

En este caso se consideró la postura del primero en tres apartados: barroco sobrio, barroco rico y barroco exuberante.

Barroco sobrio popular



*Santa Anita
(Capilla de Hospital)*



*Santa Anita
Capilla Tercera Orden*

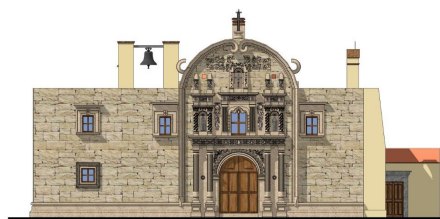
Se eligió un ejemplo para cada caso con el fin de entender el proceso evolutivo de fachadas en materia ornamental, comenzando por las más sobrias y, muy posiblemente, las más antiguas, para concluir con las más elaboradas y recientes. Se llevó a cabo una clasificación de las características formales de edificios y se llegó a la conclusión de dividirlos en dos grupos principales: el primero por su franca sobriedad y subdividido en austero y popular.

En el apartado inicial destaca el templo patronal de San Sebastián el Grande, que tiene elementos pertenecientes al plateresco español del siglo XVI, con la estilización de flores ubicadas en las dovelas que definen un arco de influencia renacentista, sin embargo, hay cierto rebuscamiento en las proporciones longitudinales de las jambas que, al ser muy largas, generan una puerta muy elevada, inclusive mayor que la de cualquier otro templo de la zona, obligando además a la desaparición de la ventana coral.

Las pilastras que limitan los costados de la puerta son austeras y sostienen un entablamento que no contiene friso escultórico, limitado únicamente por molduras que corren horizontalmente arriba y abajo para repetir el concepto en la parte superior, y conformar un doble entablamento sobre el que se descansa un frontón triangular realizado recientemente.

Otro apartado lo definen las portadas barrocas de influencia renacentista, pero con detalles populares de otro origen, lo que provoca un hibridismo. Entre éstas destaca la capilla del hospital de Santa Anita, cuya puerta de acceso está definida por un arco de medio punto con canaladuras en forma zigzagueante que lo relacionan con el arte indocristiano o popular, tan común durante el siglo XVI. Por otra parte, está la ventana coral limitada por unos almohadillados de clara inspiración árabe por sus complicadas filigranas geométricas. El último cuerpo enmarca a un escudo franciscano con brazos entrecruzados, tres heridas o llagas, y la «tao» un poco estilizada con travesaños hacia abajo. Todo el conjunto rematado por dos cuartos de círculo en dirección opuesta y con un cordón franciscano en el perfil.

Barroco rico



San Juan Evangelista

0 1 2.5 5 7.5
ESCALA GRÁFICA



San Sebastián el Grande



*San Cruz de las Flores
(La Soledad)*

0 1 2.5 5 7.5
ESCALA GRÁFICA



*Capilla de La Soledad
de Cajititlán*

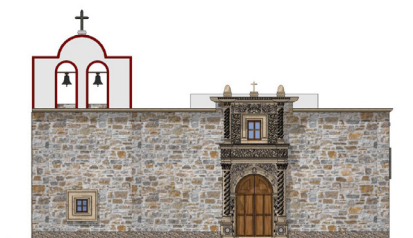
Los elementos encontrados manifiestan un repertorio amplio en el que todo convive armónicamente, reflejo de los antecedentes culturales de la sociedad que participó en su ejecución. La división restante es más amplia y la definen portadas con características claramente barrocas, dentro de las que destaca San Juan Evangelista.

La portada presenta dos entablamentos, que dividen tres cuerpos, el primero destaca por la entrada principal en su calle central, enmarcada por un arco de medio punto con jambas lisas y archivolta con ornamentación ondulante, en cuya clave se puede identificar un angelito con los brazos abiertos, las enjutas del arco esculturalmente trabajadas con ondulaciones fitomorfas, a ambos lados dos columnas adosadas al muro sobre amplios pedestales, los fustes con estrías muertas, con influencia tritóstila y capiteles dóricos, los intercolumnios vacíos al contar sólo con una flor sixpartita que insinúa una peana. El entablamento se encuentra formado por un arquitrabe dividido en tres secciones y friso corrido, ornamentado con elementos fitomorfos, la cornisa se resalta sobre las columnas.

El segundo cuerpo tiene más ornamentos que el anterior, en el centro se ubica la ventana coral con un arco de intención conopial muy original, y a sus costados hay pilastras rectangulares del mismo orden de las de abajo al igual que el entablamento y arquitrabe, que es más alto que la de los costados, por lo que se interrumpe. Siguiendo el trazo inferior, esbeltas pilastras salomónicas delimitan interesantes hornacinas de concha, en cuyas peanas descansan esculturas exentas, una correspondiente a San Juan Evangelista y la otra a la Dolorosa.

El tercer cuerpo es el remate del imafronte enmarcado por una moldura de desarrollo semicircular, interrumpida en el centro formando dos enroscamientos, que son la terminación del marco que viene en la línea recta desde la base de los cuerpos hasta un remate fitomorfo a manera de capitel, en el que inicia el semicírculo. A poca distancia se desfazan las molduras de los límites para crear una forma también semicircular en sentido opuesto a la secuencia del marco.

Barroco exhuberante



San Lucas Evangelista



Santa Anita

Santa Cruz de las Flores

En el centro del primer cuerpo, siguiendo el eje marcado por la puerta y la ventana coral, una hornacina de concha con figura zoomorfa —posiblemente en águila— sostiene una figura exenta de cristo crucificado, delimitado por pilastras lisas, cuyos capiteles se confunden con la ornamentación fitomorfa distribuida en la parte superior y que enmarca una corona sostenida por figuras angelicales en sus costados. Y como remates de los ejes marcados visualmente por las pilastras inferiores, unos pináculos adosados con ornamentación fitomorfa definen las características visuales del imafronte.

El barroco exuberante definido por Manuel Toussaint es desbordante en ornamentación, cubre todos los espacios que la aparente estructura deja libre, con una fantasía impresionante. Según su opinión, el santuario de Santa Anita y la capilla de Santa Cruz⁸³ pertenecen al barroco rico a nivel nacional, sin embargo, a nivel regional, junto con Santa Mónica de Guadalajara, son los máximos alcances del barroco realizados en la Nueva Galicia, por lo que a juicio personal deben formar parte del último apartado señalado por él.⁸⁴

Se pueden encontrar dos subdivisiones en este sector, la primera como híbrido o de participación popular, donde la capilla del hospital de Santa Cruz —iniciado en 1692 y concluido en 1712— es la más relevante en cuanto a portadas se refiere, ya que es un encaje de arabescos y espirales hechos de piedra. Presenta peculiaridades muy significativas como los tres accesos en la misma fachada, fenómeno que en otro apartado se menciona a causa de la nave transversal localizada entre la fachada y lo que puede considerarse como planta de cruz latina. Su portada mira al oriente como todas las capillas de hospital en la zona, conformadas por dos entablamentos en su portada central, rebasando en altura a los de los costados. No obstante, los accesos son definidos por arcos de medio punto con archivoltas de ornamentación floral que cubre cada una de las dovelas, con excepción de la clave que, en el caso del central, sostiene un angelito casi exento, a diferencia de las laterales que definen formas orgánicas que algunos historiadores han querido identificar con *Tláloc*. Las enjutas de los arcos tienen escultura orgánica combinada con angelitos, uno a cada lado en el caso de la central. Existen pilastras a los costados de las puertas y enjutas, la del ingreso principal es de forma rectangular con estrías muertas y las restantes con medias cañas en espiral, capiteles renacentistas en la del centro y bulbosos en las laterales. Sólo hay intercolumnios entre el ingreso central y los restantes, que sirven de división entre ellos, con figuras cuadradas en bajo relieve, el friso con molduras horizontales en medio y recuadros en laterales.

83 Manuel Toussaint, *Arte Colonial en México*, p. 106.

84 *Ídem*, pp. 107-108.

El segundo de los cuerpos de los tres casos contiene ventana coral al centro, con pilastras planas en el centro y salomónicas en las adjuntas, todas ellas sobre el mismo eje marcado por las del cuerpo inferior. Entre los intercolumnios hay jarrones de los que salen plantas cuyo follaje se extiende hasta la altura de los capiteles antiguos, muy semejantes en fisonomía a los de San Lucas, y a la de los pilares de la capilla ruinosa de San Sebastián.

El tercer cuerpo es definido únicamente por la portada central, dado que su altura es mayor que las laterales y sirve como remate del conjunto, se encuentra definido por una imagen de la Purísima Concepción, aunque por su postura más bien parece referir a la Soledad. Una concha limita la parte superior de la oquedad, con jambas casi imperceptibles a los costados, y seguidos de pilastras salomónicas cuyos capiteles sostienen una moldura interrumpida en el centro, que apoya a un sencillo remate semicircular. En los arranques del remate aparecen molduras extendidas en curvas hacia arriba para interrumpirse a cierta distancia, tomando una dirección contraria al sentido anterior que remata en unos enroscamientos que descansan sobre el límite del muro que contiene la fachada.

Podemos señalar que en este apartado se identificaron elementos de muy variado origen, desde los árabes como la filigrana localizada en los intercolumnios, popular o indocrisiana en los trabajos de bajo relieve localizados en superficies planas del paño del muro, de influencia renacentista en las pilastras del ingreso central y, finalmente, barroco en columnas adosadas en forma de espirales. Se trata de una solución completamente original, que contiene elementos formales con los que nuestra cultura está perfectamente identificada.

La otra subdivisión corresponde a un barroco con elementos más puristas de influencia europea, se puede considerar al santuario de Santa Anita y al templo de San Lucas en este apartado, el primero ubicado en una población más o menos importante desde principios del siglo XVIII y con fuerte presencia española, a diferencia del segundo, en una reducida población de descendientes de los habitantes de San Miguel Cuyutlán. Ambos sitios cuentan con obras arquitec-

tónicas de semejante factura, lo que muy posiblemente se debe a que fueron realizadas por el mismo artífice, sus diferencias radican en la dimensión más que en calidad.

El santuario mencionado se erigió en 1732 y sus torres se concluyeron en 1813, según señala Palacio y Basave.⁸⁵ La fisonomía de su portada está definida por dos entablamentos que la dividen en tres cuerpos. En el primero se ubica el acceso sobre el eje principal, configurado por un arco de medio punto y jambas a los costados, arquivolta con canaladuras e imágenes de infantes que sostienen libros e instrumentos musicales, que coordinados por un ángel ubicado en la clave del arco parece dirigirlos con una batuta. Las enjutas contienen figuras circulares con un rostro en el centro, que pueden referir al sol y a la luna, símbolos del Nuevo y Antiguo Testamento; a los costados de columnas salomónicas sobre peraltados pedestales, capiteles indescifrables de inspiración corintia muy remota, los intercolumnios sostienen extraordinarias peanas ornamentadas con ángeles músicos, mazorcas y demás detalles ornamentales, para servir de base a esculturas exentas de Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís, originalmente, según Palacio y Basave, y sustituidas ahora por nuevas de San Francisco y Santa Clara, coronas por águilas y pelícanos con alas extendidas. Un arquitrabe de poco volumen se divide en tres secciones sobre el que apoya un friso ornamentado con guías que se entrelazan formando casi círculos, la cornisa resaltada sobre el fondo y las pilastras concluyen con este primer cuerpo.

El segundo contiene en el cuerpo, la ventana coral de forma rectangular con marco casi imperceptible y envuelto con roleos que suben y bajan, sin dejar espacio libre, hasta rematar con las molduras superiores e inferiores, los costados limitados por medias cañas de fuste salomónico cuyo eje coincide con las del cuerpo anterior. Los intercolumnios tienen nichos rematados con conchas y están apoyados en peanas rectangulares con ornamentación orgánica, los espacios planos son ocupados con ornamentación semejante a la de los costados de la ventana coral, las hornacinas envuelven esculturas

85 Luis del Refugio Palacio y Basave, *op. cit.*, p. 131.

exentas de la orden franciscana. El arquitrabe es semejante, el friso es definido por ornamentación de mayor soltura que el de abajo y coronado con molduras sobre las que se apoya el último cuerpo. El copete del imafronte ostenta una escena alegórica envuelta en un semicírculo, donde se representa el pasaje bíblico de Jesús presentado al templo, aparece el niño Jesús, María, José, Ana y Simeón, el Espíritu Santo en forma de paloma entre la mencionada escena y el Padre Eterno que rige la composición, todo invadido con tallos, follajes, vueltas y enlaces que no dejan espacio vacío. Los costados siguen los lineamientos de los cuerpos anteriores, las columnas salomónicas, pero con espiral casi en vertical y capiteles bulbosos que contienen figuras zoomorfas, en cuyo intradós se definen hornacinas para esculturas de la Tercera Orden franciscana. Una moldura corre por todo el límite superior, es de poca pronunciación y concluye en los costados verticales de la portada.

Las composiciones de fachadas, pueden considerarse como el resultado de una serie de etapas, inicialmente sobrias sin integración con la escultura, para luego darle cabida a cierta participación, hasta hacer que los elementos arquitectónicos entren en plena convivencia con ella. Las formas intentan integrar a la naturaleza, así como los símbolos religiosos del catolicismo, elementos encaminados a la provocación de un éxtasis místico al hacer un recorrido por sus portales.

Cruces atriales

La presencia de cruces monumentales por caminos, calles y plazas hispánicas son de fuerte tradición europea, ya en América los españoles fomentaron su difusión en el momento mismo de llegar a las costas de Veracruz un viernes santo de 1519, de ahí el nombre de la ciudad portuaria. A la vez funcionó como símbolo del cristianismo en tierras recién descubiertas, supuesta razón de la intervención española en regiones de idólatras.

La participación de las cruces se incrementó al ver la necesidad de catequizar a los neoconvertos en la fe católica, además de fungir

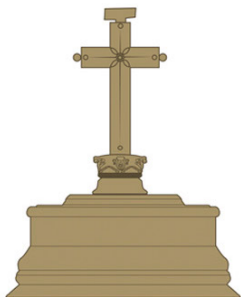
como supervisora simbólica de la gran cantidad de actividades culturales, didácticas, teatrales y funerarias; todas ellas se realizaban en torno suyo.

Las cruces atriales son escasas en los pueblos de Tlajomulco, donde no hay más de cinco, no porque fueran las únicas sino porque con el paso del tiempo han ido desapareciendo. Lo mismo aconteció en Santa Anita, San Agustín y San Juan Evangelista en las últimas seis décadas, como afirman los lugareños. Otras fueron sustituidas al romperse la original, como fue el caso de San Sebastián el Grande, donde el párroco de la administración actual prefirió mandar hacer otra más «resistente» con fuste más grueso. El último caso corresponde a Cuexcomatitlán, donde al construirse un nuevo templo en el atrio se retiró la cruz atrial, actualmente no se tienen noticias de ella.

Aunque son pocas las cruces atriales en los pueblos tlajomulcas, son una referencia de lo que hubo en todos estos pueblos. Comparten un rasgo común, haber sido realizadas en un solo bloque de piedra cuyos tramos son de sección rectangular, exceptuando la de San Sebastián, que parece seguir la misma influencia estilística de su templo patronal, es decir, plateresca. En este caso, con el uso de balaustrés con anillos en sus extremos angostos, y estrías muertas en el arranque del travesaño vertical de reminiscencia renacentista.

Las cruces restantes cuentan con canales en bajo relieve en las terminaciones frontales de las aristas. En el traslape de los dos travesaños se observa la corona de espinas, estilizada en muchas ocasiones.

Es posible identificar otra diferencia en la de Cajititlán y, en la ya desaparecida, de Cuexcomatitlán, que en los extremos del travesaño horizontal contienen perlas. La primera ostenta un libro abierto, posible símbolo de la Palabra que se abre a los ojos de sus espectadores, y la inscripción INRI, Jesús Nazareno Rey de los judíos, en el remate de la cruz.



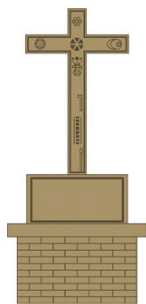
Cajitlán



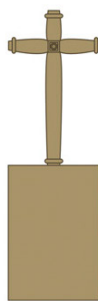
Cuexcomatitlán



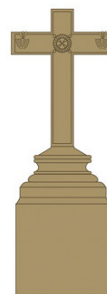
San Juan Evangelista



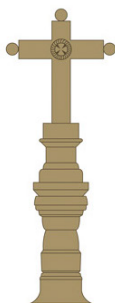
San Lucas Evangelista



San Sebastián



Santa Cruz de las Flores



*Santa Cruz de las Flores
(Capilla de Hospital)*



San Agustín

Con excepción de San Sebastián, todas las demás cuentan con elaboradas bases inspiradas en las bases columnares, criterios utilizados en interiores y exteriores de templos. La más sencilla e interesante es la de San Lucas, en la que se leen inscripciones relacionadas con fechas y nombres de sus posibles ejecutores. Cuenta con la mayor cantidad de elementos iconográficos relacionados con la Pasión de Cristo, como son (comenzando desde la base): las armas del Señor, la lanza, la escalera y unos detalles que parecen referir borbotones de sangre. Casi en los límites del travesaño horizontal, a la izquierda, el Sol, y en el lado opuesto la Luna, símbolos del Nuevo y Antiguo Testamento, éste último como preámbulo a la plenitud de la luz destellante del realizado por los evangelistas.

La fachada de los templos establece su ubicación y siempre queda en la parte posterior, con excepción de la del último pueblo referido. Al verla de frente y a causa de una posible reubicación reciente, se identifica en el pedestal sobre el que se ubica, que es de ladrillo aparente. En ese sentido, Motolinía refirió sobre la Nueva España:

Está tan ensalzada en esta tierra la señal de la cruz por todos los pueblos y caminos, que se dice que en ninguna parte de la cristiandad está más ensalzada, ni a donde tantas ni tales, ni tan altas cruces haya; en especial la de los patios de las iglesias son muy solemnes, las cuales cada domingo y cada fiesta adornan con muchas rosas y flores, y espadaños y ramos.⁸⁶

Es así que fueron un elemento indispensable en los centros de los atrios durante la Colonia, para la exteriorización del culto, que muy comúnmente realizaban las comunidades indígenas para satisfacer sus medios y expresar sus emociones. Desafortunadamente, es escaso lo que el pasado colonial nos ha legado, a nosotros nos corresponde conservar lo poco que queda para que las generaciones venideras, a su vez, se recreen, entiendan lo valioso de su cultura, y la conserven adecuadamente.

86 Toribio Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, p. 131.

Conclusiones

Las condiciones climatológicas, la abundancia de agua y el terreno fértil de la región de Tlajomulco fueron factores favorables para los asentamientos humanos desde épocas prehispánicas. Durante los inicios de la Colonia, los españoles y los caciques de Tlajomulco mantuvieron una buena relación, al mostrarse amistosos desde el enfrentamiento mantenido en Tonalá y luego con la conversión de los principales al cristianismo y, sobre todo, con la erección del convento de Santiago de Tlajomulco, en 1551. Los franciscanos y sus compatriotas se preocuparon por el bienestar sincero y protector de los indígenas, dejando inclusive que su sistema de gobierno siguiera siendo el tradicional, aunque con apego a la Corona.

Las dificultades para llevar a cabo la supresión de prácticas idolátricas y la construcción de edificios destinados al culto, fueron una labor compleja debido a que se enfrentaban a una multiplicidad de dioses prehispánicos y a la ausencia de conocimientos constructivos duraderos, lo que generó una pesada participación de enseñanza por parte de los misioneros franciscanos para con los indígenas.

Los estímulos hispánicos en las áreas económica, política y religiosa lograron metas productivas imposibles de llevar a cabo en tiempos anteriores a la Conquista, después de ésta los indígenas que sólo habían conocido modos de expresión ideográfica, pudieron experimentar filosofías y técnicas nuevas, todo ello en el seno de un orden social que les seguía siendo familiar y comprensible.

La orden franciscana se vio inspirada en conceptos de origen europeo, tanto medievales como del renacimiento, para conducir a los indígenas a una integración social, cultural y religiosa que se notó

claramente superior en cantidad y calidad a las que se dieron en el periodo prehispánico, sin embargo, se identifican elementos de continuidad con la cultura nativa al crear un mestizaje cultural.

La ubicación geográfica de conventos en puntos clave, como Tlajomulco, facilitó la irradiación evangélica a poblaciones más pequeñas, fortaleciendo el auge religioso con la aceptación y la asimilación de su doctrina, realizando sus ceremonias, conformando instituciones como las cofradías de la Purísima Concepción, diseñadas para la puesta en práctica de apostolados hospitalarios y de culto, indispensables para lograr una retroalimentación entre el bienestar físico y espiritual.

La difusión de la palabra, se fortaleció hasta conformar una iglesia bien estructurada. Los indígenas arraigados en poblaciones y orientados por los franciscanos se dieron a la tarea de construir sus edificios religiosos donde plasmaron sus ideales, tradiciones y conceptos estéticos, manifestando así su devoción a Dios y a su santo patrono. De su calidad expresiva dependía el prestigio social de la población, entre más sencillo y pobre se era, más acorde estaba con su fe, de lo contrario, se generaba un reconocimiento especial de propios y extraños. Las construcciones realizadas en la guardianía de Tlajomulco alteraron el paisaje debido a nuevas creaciones poblacionales, donde los perfiles de sus templos, torres, espadañas y cúpulas alcanzaron niveles nunca antes contemplados por edificación alguna en la demarcación. Así también, la sociedad había cambiado, sus necesidades ya no eran las mismas. Se trató de un momento que concluyó con un largo proceso de cristianización, donde la formación de cofrades de hospital, frailes, beatas y terciarios de la orden franciscana, fueron indispensables para satisfacer las necesidades de culto de los habitantes.

Descifrar, analizar y clasificar estas construcciones fue encontrarse con la sociedad del pasado, su mentalidad y sus expresiones culturales, que hacen de ella una de las de mayor relevancia de Nueva Galicia, y fungiendo como prototipo de lo realizado en muchas otras partes de la región.

La tipología de formas espaciales, orientaciones y fisonomía de los edificios dieron la oportunidad de conocer las necesidades que requería el culto para su celebración. La arquitectura fue un indiscutible satisfactor, al aportar soluciones adecuadas a cada tiempo y espacios propios de la región. La configuración de las construcciones es el resultado de factores culturales importados por los franciscanos, que se combinaron con los nativos, adecuándose a las formas de vida colonial. En el presente libro se expone cómo la arquitectura neogalllega fue original al capturar dos fuentes indiscutibles de inspiración, tanto de origen prehispánico como europeo, igual que las genealogías de las dos etnias que originaron una nueva: la mestiza, contenedora de la memoria histórica de ambas y en la que ninguna quiso perecer, como lo demuestran sus expresiones arquitectónicas.

Conocer físicamente los edificios es una experiencia apasionante, pero no lo es tanto si solamente se analiza la obra desde un punto de vista descriptivo y visual, su plena interpretación se logra a través de su acoplamiento con la historia, es decir, analizando la época y el contexto geográfico en el que se dio.

La obra arquitectónica es entonces un «documento histórico» digno de valorar y entender. De no conservarse, se irá perdiendo paso a paso uno de los testimonios materiales que ayudan a interpretar el devenir histórico por el que ha pasado nuestra sociedad. El estudio de la historia de la arquitectura en ocasiones está mal enfocado, dado que se piensa que su descripción y fecha son elementos suficientes. Este error lleva a interpretarla como si fuera un código o la definición de un diccionario. La arquitectura es mucho más, es el resultado de factores culturales acumulados por la sociedad y su relación con el entorno geográfico, es una estructura corpórea dentro de la cual corre energía emotiva, creadora, filosófica, religiosa, que se materializó para ser presentada a sus herederos con la esperanza de que la reciban con el mismo entusiasmo con el que fue hecha.

La arquitectura contemporánea mexicana tiene, por lo anterior, fuentes de inspiración suficientes para enfrentarse al conocimiento de su esencia, no es necesario estar tan preocupados por lo que se

hace en otros países, sino por lo que se ha hecho en México y, sobre todo, con lo que se debe hacer, en las condiciones actuales, que son resultado de nuestros antecedentes históricos y culturales.

Es importante mencionar que la falta de conciencia social, en materia de conservación, ha generado descuido y poco respeto a las construcciones, al hacer intervenciones que son un atentado al patrimonio arquitectónico. De tal modo que las remodelaciones, las ampliaciones, los recubrimientos con mármol, cantera y el tirol planchado, provocan una degradación y ofensa a nuestra conciencia histórica, además de desvirtuar el estado original de las obras y confundir presentando fisonomías que obedecen al «gusto» del párroco, del sacristán o del «donador», cuya intención más que ayudar pretende ostentar su capacidad económica. La escasa promoción del valor patrimonial de bienes inmuebles, y el descuido del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), han llevado al piso los arcos de la capilla de San Sebastián el Grande con una indiferencia sorprendente, tanto de coterráneos como de visitantes. Ciertamente, las condiciones económicas por las que atraviesa el país, no dan pie a reconstrucciones costosas, pero aquella unión que caracterizó a los cofrades de los hospitales quedó atrás. Es triste ver que nadie reacciona ante la destrucción, los valores de nuestros antepasados y los fomentados por los frailes franciscanos se han desvanecido o están en vías de hacerlo.

Ese entusiasmo por proteger el patrimonio generó esta modesta investigación, sin embargo, esa misma inquietud puede ampliarse, queda mucho por hacer todavía. En esta oportunidad se abordaron aspectos religiosos a nivel general, y su repercusión en la arquitectura. Queda pendiente una infinidad de áreas por atender, como pueden ser: análisis urbanísticos, arquitectónicos de trazo, orientación; de continuidad prehispánica, europea, sistemas constructivos, semiótica, y un mosaico de nuevas investigaciones que pueden derivarse a raíz del tema abordado, que sin duda ayudarán a integrar nuevas piezas al rompecabezas histórico arquitectónico de occidente.

Bibliografía

- AGUILAR MORENO, MANUEL (1995). *En busca del Atlquiahuitl*: Cajititlán. Guadalajara: Ediciones Parroquiales.
- AMERLINK DE CORSI, MARÍA CONCEPCIÓN (1991). Los primeros beato-
rios novohispanos y el origen del Convento de la Concepción.
En *Boletín de Monumentos Históricos*, núm. 15.
- BELAVAL, YVON (1976). *Historia de la filosofía*. Madrid: Sigo XXI.
- BENAVENTE, FRAY TORIBIO (1985). Libros de las cosas de Nueva Es-
paña o de los naturales de ella. En varios, *Los cronistas, Con-
quista y Colonia*. México: Promociones Editoriales Mexicanas.
- BENAVENTE, FRAY TORIBIO (1994). *Relaciones de la Nueva España*.
México: UNAM.
- BENAVENTE, FRAY TORIBIO (2017). *Historia de los indios de la Nueva
España*. Barcelona: Red ediciones.
- BAUDOT, GEORGE (1990). *La pugna franciscana por México*. México:
Patria.
- CHAUVET, FIDEL DE JESÚS (1980). Misiones franciscanas en la época
colonial. En *Artes de México*, núms. 201-202.
- CABRERO, MARÍA TERESA (1995). *La muerte en el occidente del México
prehispánico*. México: Instituto de Investigaciones Antropo-
lógicas de la UNAM.
- CARDAILLAC, LOUIS (2002). *Santiago apóstol, el santo de los dos mun-
dos*. Jalisco: El Colegio de Jalisco.
- CASAS, BERNARDO CARLOS (1996). *Pinceladas históricas de Santa
Anita*. Jalisco, México: H. Ayuntamiento de Tlaquepaque.
- CERVANTES, FRAY RAFAEL (1953). Seráfica provincia de San Fran-
cisco y Santiago de Jalisco. En *Revista Artes de México*, núm.
201-202.
- FLORESCANO, ENRIQUE (1987). *Memoria mexicana*. México: Fondo
de Cultura Económica.

- KELLY, ISABEL (1948). Ceramic provinces of northwest Mexico. En *El Occidente de México. Memorias de la IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. México: Sociedad Mexicana de Antropología.
- KUBLER, GEORGE (1987). *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍNEZ DEL SOBRAL Y CAMPA, MARGARITA (1990). *Los conventos franciscanos y el número de oro*. México: Rosette y Asociados.
- MATA TORRES, RAMÓN (1979). *Iglesias y edificios antiguos de Guadalajara*. Guadalajara: H. Ayuntamiento de Guadalajara.
- MURIÁ, JOSÉ MARÍA (coord.) (1980). *Historia de Jalisco, Tomo I*. Guadalajara, Jalisco: UNED.
- MURIEL, JOSEFINA (1995). *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas*. México; UNAM.
- ORTIZ ANGULO, ANA (1988). *Introducción a Mesoamérica*. México: Tipos Futura.
- PAEZ BROTCHE, LUIS (1940). *Jalisco, historia mínima, Tomo I*. Guadalajara, Jalisco: Ed. Ricardo Delgado.
- PALACIO Y BASAVE, FRAY LUIS DEL REFUGIO (1988). *Atlixnac, Nuestra Señora de Santa Anita*. Guadalajara, Jalisco: UNED.
- PATÍÑO, JOSÉ ALEJANDRO (1993). *Mapa topográfico del curato del pueblo de Tlajomulco y sucinta historial relación hecha con arreglo a la instrucción real de Su Magestad, que dios guarde, 1778*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- POWEL, PHILIP (1977). *La Guerra Chichimeca (1550-1660)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- RAMÍREZ FLORES, JOSÉ (1980). *Lenguas indígenas de Jalisco*. Guadalajara, Jalisco: UNED/Gobierno del Estado de Jalisco.
- RAZO, LUIS (1963). *Crónicas de la Conquista del Nuevo Reyno de Galicia*. Guadalajara, Jalisco: Talleres Linotripográficos Vera.
- REMI, SIMEÓN (1988). *Diccionario en lengua náhuatl mexicana*. México: Siglo XXI.
- RICARD, ROBERT (1986). *La conquista espiritual de México*, trad. Ángel Ma. Garibay. México: Fondo de Cultura Económica.

- SEMO, ENRIQUE (1982). *México, un pueblo en la historia*. México: Nueva Imagen.
- SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA (SEP) (1981). *Jalisco, perla sobre la arena*. México: SEP.
- SCHÖNDUBE, OTTO (1994). «El Occidente de México». En *Arqueología Mexicana*, vol. II, núm. 9.
- TELLO, ANTONIO (1968). *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*, libro II, vol. V. Guadalajara, Jalisco: IJAH-INAH.
- TOUSSAINT, MANUEL (1990). *Arte colonial en México*. México: UNAM.
- VALADÉS, FRAY DIEGO (1989). *Retórica cristiana*. México: fondo de Cultura Económica.
- VILLEGAS GARCÍA, JESÚS GERARDO (1985). *Tlajomulco desde sus raíces*. Tlajomulco: Ayuntamiento de Tlajomulco.
- ZEPEDA, TOMÁS (1972). *La educación pública en Nueva España en el siglo XVI*. México: Editorial Progreso.
- ZUNO, JOSÉ GUADALUPE (1973). *Retrato de Guadalajara*. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara.

**Arquitectura religiosa de la feligresía
franciscana del Convento de Tlajomulco.**
Segunda edición.

Se terminó de editar en diciembre de 2025
en las instalaciones de Partner,
Aliados estratégicos para la producción gráfica.
Jerez 2278, Colonia Santa Mónica
C.P. 44220, Guadalajara, Jalisco, México.
En su formación se utilizó la familia tipográfica
Diderot diseñada por Cristóbal Henestrosa Matus.